

BIBLIOTECA BÁSICA DE AUTORES VENEZOLANOS

Andrés Mariño-Palacio



Los alegres desahuciados

Monte Ávila Editores Latinoamericana

Andrés Mariño-Palacio

LOS ALEGRES DESAHUCIADOS

Prólogo y cronología

EMILCEN RIVERO



Biblioteca Básica de Autores Venezolanos

MONTE AVILA EDITORES LATINOAMERICANA

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Reunión de poetas, 1994

CARLOS CONTRAMAESTRE

Pastel sobre cartón 40 x 30 cm

DISEÑO DE COLECCIÓN

Marisela Balbi

DISEÑO DE PORTADA

Helena Maso

Hecho el Depósito de Ley Depósito Legal N°
lf5002005800909 ISBN 980-01-1291-x

Biblioteca Básica de Autores Venezolanos

La colección Biblioteca Básica de Autores Venezolanos se origina en la necesidad de garantizar a nuestra sociedad el acceso al disfrute de la lectura. Su formulación está enmarcada dentro de los objetivos estratégicos que se plantea el Estado para alcanzar la democratización de la lectura, a través del libro como un bien cultural esencial destinado a la formación y el desarrollo de los ciudadanos. Por ello Monte Ávila Editores Latinoamericana, la editorial del Estado venezolano, presenta este conjunto de ediciones masivas conformado por una cuidada selección de títulos consagrados del acervo literario nacional.

En este sentido, la Biblioteca Básica de Autores Venezolanos acoge obras de la narrativa (serie verde), la poesía (serie roja), la dramaturgia (serie durazno) y la prosa ensayística y documental (serie azul); que dan cuenta de la rica y espléndida trayectoria de las letras venezolanas.

*Quien no se sienta en este instante del
mundo capaz de construirse por dentro
como una voluntad y como una aspiración
de cosas honorables entregúese ya a la
individual rapiña y a los gregarios
ventajeos*

Eduardo Mallea

*En cada uno de los hombres se ha hecho carne el
espíritu, en cada uno padece la criatura, en cada
uno de ellos es crucificado un redentor.*

Hermann Hesse

*El hombre sobre la tierra es un blanco para
secretos tiradores.*

Antoine De Saint-Exupéry

*Una obra es siempre un grito en el desierto; una
paloma libertada con un mensaje en la pata, una
botella arrojada al mar.*

Francois Mauriac

Capítulo I

Moría ya la última nota de la exquisita sinfonía cuando Vivián se levantó y caminó con manifiesto desgano hacia la ventana. Abajo se veían los techos rojos y acerados de las casas vecinas. Era risueño — cómicamente risueño, risueñamente cómico— admirar las prosaicas intimidades que la humanidad exhibía en la trastienda de sus hogares. Las terrazas de los hogares modernos son los sitios favoritos para que se refocilen de placer los gatos en las noches de amor, y para que las malas lenguas de los conocidos puedan decir que la ropa interior de sus vecinos es de la más ínfima y vulgar calidad.

La alta figura del joven se estuvo un momento enmarca da en el cuadro neblinoso de la ventana. Sus espaldas tenían una maravillosa y fascinante armonía. Caían rectas y firmes las líneas desde el hombro y encajaban sutilmente en la fina cintura. Luego sus piernas, no eran acromegálicamente largas, como en la mayoría de la gente de elevada estatura, sino que gozaban de una particular simetría con respecto al torso. Como su caminar era manifiestamente elástico, de paso corto y firme, era gratísima y bella la estampa física que presentaba al ponerse en movimiento.

Para Vivián, la existencia no pasaba de ser una ridícula escena de una comedia escrita sin habilidad. A veces su recta nariz se mostraba desafiante e irónica, pero sabía cortar a tiempo sus

arrebatos. En realidad, no valía la pena que desperdiciara tan raras condiciones humanas que poseía — como tacto mundano, belleza personal, aguda inteligencia— en atacar y reprochar la multitud de vicios que han acosado, acosan y acosarán a la humanidad.

Retornó de nuevo al centro de la habitación. Un rayo de sol iluminó la seda roja de la pijama que vestía. Estaba bastante cansado, sumamente fatigado. Era de esos seres a quienes arrastra inevitablemente el placer. Envuelto en la ola formidable se hundía hasta sentirse ahído y molido de crueles sensaciones. Ya que no era de los que libaban el goce con camal prudencia. No. Para su estirpe sensible, sería esto de una imprudencia y de un mal gusto único. No vale nada la eternidad, nada vale la condenación eterna, al lado del placer que Vivián pudiera obtener en una o dos horas de su vida.

Si volviera a colocar el disco que hace poco escuchaba quizás se sintiera más vigoroso. Porque esta laxitud le anonadaba. No era que le desagradara, sino que le colocaba en sutil inferioridad ante sus amigos. ¿Y cómo resistiría aquella mirada sombría y tétrica de (Abigaíl si no iba revestido de todo su valor personal? ¿O los finos y líricos excesos sentimentales de que a veces hacía alarde el musical y poético de Zoilo?

Colocó otra vez la aguja encima del disco y la música se dejó oír. Se tendió sobre el diván. Lanzó a un extremo de la habitación la pantufla derecha que le molestaba. Admiró un rato la contextura de su pie. ¡Extraño, maravilloso recuerdo! Ahora desfilaban por su imaginación las figuras más locas y desenfrenadas de su vida.

Ahora se explicaba aquellos sueños de hacía varios años — en la playa de Bahía Grande, Hotel Nacional—, cuando creía poseer a una estatua de mármol, sentía que la corriente sexual le llevaba entre sus manos agarrotadas, y cuando creía eyacular, en lugar de semen, sólo salía de su sexo una ráfaga de cenizas que el viento desparramaba y fijaba en el cielo nocturno convertidas en blancas y asustadas estrellas.

Atacado por una brusca tensión nerviosa dio una súbita vuelta por encima del diván y quitó el disco que ya entraba en su parte culminante. La sinfonía fue interrumpida, mutilada, como un niño a quien se da una bofetada cuando se dispone a besarnos dulcemente.

¡Qué exacto y matemático el recuerdo! Era una mujer alta, demasiado alta, con manos de nardo enlunado, que llegaba hasta su cuerpo desnudo de infante y tomaba su pie entre sus esbeltos dedos, y luego besaba dulcemente la planta...

Vivián se estremeció de goce ante el recuerdo. Soterradas y pudorosas sensaciones vinieron a su imaginación un poco calenturienta. Quiso borrar la imagen. Pero ya no podía, estaba allí. La mujer alta, de manos de nardo, llevaba su pie, su delicado talón, hacia un sitio íntimo de su cuerpo, y le besaba luego desenfrenadamente en el cuello. Aquí había un grito de alba delirante, y sonaba una música exactamente parecida a la de la sinfonía que hace poco tocaba.

¡Vulgaridades, estúpidos sueños eróticos! La alta figura de Vivián volvió a repasar la habitación. Después se apoderó de una botella de ginebra que estaba sobre la mesa y bebió un poco, con afectado gesto de catador.

Esta tarde tenía que verse con el sombrío y fantasmagórico Abigail. Refinados temores caminaban por la columna vertebral de Vivián cuando las miradas oscuras — amenazadoramente oscuras— de Abigail se hundían en sus ojos. Era un hombre profundo. Una de esas naturalezas que parecen haber descifrado todos los misterios del cosmos y van por el mundo sembrando el terror en los que todavía son débiles y alucinados, ausentes de esa espantosa fortaleza de los que no tienen miedo a la oscuridad y osan desafiar las tinieblas de los pozos malditos y las pantanosas emanaciones de las ciénagas copuladas del Bien y del Mal.

Así era Abigail: una sombra alta y erecta, con cejas encapotadas, mirada enorme, golosa y oscura, como

desafiando a El Máximo ídolo, como demostrando con su atroz inhumanidad que era más humano, más integral que todos los místicos de la fornicación y fornicadores del misticismo en sus arrebatadas y alternativas oraciones a la lujuria y el espíritu.

Cuán distinto y dulce, en cambio, era Zoilo. Sus pupilas de profundas cuencas — como si viviera en una aromosa vigilia— querían comunicar positiva ternura a todos aquellos a quienes concedía su trato. Su voz, arrastrada y lenta, como un gemido de piano en el alto anochecer, envolvía a las personas en una atmósfera de azules vaguedades. Cuando Vivián entraba en uno de esos períodos complejos y nerviosos de la absoluta incomprensión ante la vida, buscaba con tenacidad la compañía fraternal de Zoilo. Era un hombre alejado por completo de la vida común y prosaica. En sus adormecidas pasiones no latían esos turbios expedientes que acosan a los demás seres humanos.

¿De qué vivía, cómo vivía, con quién vivía? ¿Quién podría saberlo? Siempre estaba parado distraídamente en alguna parte. Con su augusta pose de soñador. En su rostro, quedaban aún las imprecisas huellas de la adolescencia. Era un adolescente embalsamado. Quizás por eso había roto con las preocupaciones de la inquietud material y adoptado la divisa de los ángeles que aceptan como moneda nacional la gratitud y conmiseración celestes.

A los ojos de Vivián resultaba incomprensible la actitud de Zoilo. Y sin embargo, le agradaba y satisfacía esa actitud, le hacía bien. Mientras que Abigaíl era para su espíritu ultrasensible como la víbora gris que nos sale en el camino y pretende seducimos con sus alucinantes y doradas pupilas. Qué nefasto y contraproducente resultaba el trato con este ensimismado que llevaba el odio y la maldad en el simple gesto de la fofa y blanca mano que se levanta para indicar un movimiento o demostrar una frase inconclusa y abstracta.

Estaban todos tan lejanos, tan separados y distantes. Resultaba una tortura infinita para un alma que tiende a la comprensión y el mutuo entendimiento, que dos seres de originales facultades se entregaran a esconder sus legítimos rostros detrás de burdas y absurdas máscaras.

A veces le acometían a Vivián ansias desequilibradas de retorcerle la arremangada nariz al loco y vulgar de Abigaíl para averiguar si realmente era de carne y cartílagos como la de todo el mundo. Tenía la impresión de que el rostro de este hombre debía ser diferente. O muy feo o lúcidamente hermoso.

Quizás alguna vez hubo en su faz una sublime serenidad de estuario desdibujado. Pero a lo mejor había sido encadenado demasiado temprano, o alguna urraca de ver des intenciones se había colgado de sus hombros para darle este paso de

halcón y esta mirada penumbrosa y tris te como la de esos sepultureros que entonan melancólicas romanzas a la vista del crepúsculo.

Sonó de pronto un golpe seco y rotundo en la puerta. Vivián saltó nerviosamente. Pero se recuperó y una sonrisa pasó por su rostro. Debía ser Abigail que venía a buscarle según lo prometido. Pero, ¿en realidad habían prometido verse en la tarde de hoy, o todo se debía al estado de somnolencia en que había pasado el día?

Aquí surgió un conflicto de dudas y vacilaciones en la mente de Vivián. Mientras tanto, en la puerta volvían a tocar repetidamente. ¿No podría ser un ladrón o un asaltante? ¿Y si su deseo de ver a Abigail era tan fuerte que le atraía como esos líquenes ancianos que buscan los riscos para aferrarse a ellos en sus últimas horas de vida?

Inquietud negra y vendavalesca cruzó por su frente. Sentóse en una silla de incómoda postura y colocó la frente entre las grandes manos. Ahora una turbia emoción, una penumbrosa sorpresa y curiosidad había en su pecho.

Tomó el *robe de chambre* y se lo puso con elegancia. Buscó luego su cepillo de plata y se arregló con minuciosos movimientos la negra cabellera. Cata ésta en largas ondas sobre la nuca, y brillaba intensamente en las sienes finas y uniformes. Fue

con paso firme hacia la puerta y abrió. Era el portero del edificio.

— Señor Vivián, que si desea comer en casa para mandarle a pedir la cena al restaurant. Ofrecen lotos machacados y un vino azucarado con esencias lumínicas. ¿Le gusta a usted la carta?

«Trata de ser poético este pobre diablo», pensó Vivián. «Pero su poesía es tan prosaica como su persona.»

Respondió con su gruesa y firme voz:

— No. Salgo pronto. Si sube por la escalera un joven con actitud de centauro crapuloso le dices que se apresure. Esta noche tengo un banquete de tritones y necesito mi frac de algas.

¡Bravo Vivián! ¡Bravísimo! Eso sí ha quedado excelentemente bien. Pero has anonadado al pobre portero. Claro, tú tienes un talento singular. Eres un maravilloso predestinado. Pero no vayas a convertirte en presumido.» Eso, certeramente: no convertirte en presumido. Seguramente el atormentado Abigaíl no pasaba de ser un horrible presumido. Aunque no todos los que presumen tienen talento y genio, era innegable que el querido Abigaíl resultaba demoníacamente talentoso y satánicamente genial. Había que verle aquella tarde que persiguió por la avenida Central a la enorme

ramera, de rostro de ídolo, que le subyugara con sus ojos verdes. Parecía un centauro crapuloso. Las pupilas eran dos enormes aceitunas nadando en vinagre amarillo. La movable y movediza boca, de labios vibrantes, se contorsionaba en vulgares muecas. Era un camello febriciente y desesperado cuando olfateaba a lo lejos el sexo de la hembra. Un rumor de maldiciones cruzaba por la avenida Central. Y Abigaíl perseguía a la ramera con su paso de militar. Tuvo Vivián que detenerle por la solapa y rogarle que se portara con más prudencia.

¡Qué terrible su reacción! La mirada que le dirigió era de hielo. Hosca y desdeñosa.

— ¡Eres un mameluco inverosímil! fue todo lo que le arguyó Y siguieron juntos por la misma avenida. Mientras, a lo lejos, la obscenidad de la enorme ramera dibujaba siluetas de fornicaciones en el aire.

Y otra acción terrible fue cuando lanzó por la borda de un puente al mendigo que solicitara de su bondad una sencilla limosna. Esa vez sí estuvo a punto Vivián de reaccionar vio lentamente contra Abigaíl. Porque éste, en potencia, era eso: un mendigo, un desesperado que masturbaba sus fractura dos sueños con el dolor terrible que causaba a la humanidad.

El cuerpo del mendigo chapoteó en la sucia agua del riachuelo. Luego se puso de pie, y con la mirada alta y brillan te invocó algo que se movía entre las nubes

insomnes. Ya atardecía. Un crepúsculo lagrimeante cerníase sobre la ciudad. El mendigo desafiaba a la naturaleza, la misma ira divina, en la brutal condición humana del satánico Abigaíl.

La ternura que sofocaba en esos instantes a Vivián le llevó, no a consolar al mendigo, sino a tomar a Abigaíl del brazo. Colocó una de sus manos sobre sus hombros. Le empujó suavemente y se fueron caminando. Caminando. Mientras asomaba una estrella; mientras muchos niños pasaban jugueteando al lado de ellos. Después comieron ostras y bebieron mucha ginebra en la pensión en que vivía Abigaíl. Vivián retornó un poco asqueado a su apartamento. Una sensación vomitiva se agitaba en su alma, en su esófago afectivo, y náuseas abominables le impelían a cortar el divino cordón umbilical que aún le ataba a este mundo torpe y decadente.

A veces hacía un alto en su desbocada posición mundana y decía: ¡Soy esto!, simplemente: ¡esto! Vivián: alto, elegante, divertido, simpático, hermoso, blanco, de negra cabellera, con agudeza y sutileza en la conversación. Por dentro, sin embargo, en el fondo entrañable de mi ser, ¡cuán tas angustias y conflictos no existen! Para los ojos mundanos sólo vive el gentleman atildado y frívolo que en una noche liquida muchas botellas de champagne y de whisky, que es capaz de tomar un lujoso automóvil y llegarse a Bahía Grande con el amanecer para beber delirantemente, mientras

chillan los pájaros en la fresca hondonada, grandes vasos de ginebra con agua de coco.

Eso soy yo: eso y nada más. Un traje exquisitamente cortado, de la mejor sastrería de la capital, un fino pañuelo, una lujosa corbata, una posición de *dilettante* y embriagado sentidor. Algunos me tildan de mediocre y afectado porque envidian, en realidad, mi rostro de efebo y mis condiciones humanas que ellos nunca podrán poseer. Yo poseo el secreto de la vida. Para mí, la vida nunca es pintoresca, pero en el morral de mis ocultas y recónditas sensaciones hago la vida pintoresca, fa convierto en bella y fructifican te, soy capa/, con la vara taumaturga del placer, de hacer cambiar el rostro hierático y severo de una de esas diosas otoñales, en la máscara más apolínea y voluptuosa del mundo. ¡Los comerciantes, esos horribles mercaderes del alma, que van con su miseria a cuestas, con su atroz medio cridad e insipidez, incapaces de seducir a la mujer más prostituida y hundida en el vicio, mútilos de plasticidad mental para imaginar e inventar los goces más profundos y lascivos, esas horribles sensaciones que nos convierten en guiñapos y nos hacen cambiar la eternidad por un solo minuto de placer, cómo me odian y envidian con el más bajo de los odios y la más negra de las envidias! ¡Ah, quisiera abrirles el vientre y dibujar en el corazón de sus entrañas la insignia maldita de la estolidez humana!

Pronto vendrá Abigail. Tiene que venir. Ésa es otra de sus dotes sobrenaturales. Está allí, precisamente allí, don de alguien desea que esté. Por eso subyuga a todo el mundo. Nadie puede resistirle.

Todo en él es repulsivo: sus ojos, enormes y negros, sus ojos que miran furtivamente, de medio lado, como queriendo atravesar al interlocutor, sus cejas encapotadas e intensas, su nariz, ganchuda, con las aletas vulgarmente arremangadas, la barbilla blanda y carnosa, como una lonja de tocino recubierta de piel, su voz seca y cortante, profunda a veces, pero nunca suave y melosa, nunca ensoñadora.

Sin embargo, le aman. Hay que amarle. Pese a su singular antipatía. Pese a su desdén por todo el mundo. Y yo: Vivián, yo que me jacto a veces de comprensivo y solemne, marchó a su lado, horriblemente solo, porque nadie puede estar nunca con Abigaíl. Él siempre va solo: horriblemente solo. Y los que vamos con él también marchamos solos: horriblemente solos.

Ahora retornaba Vivián a la ventana. El aire vaporoso de la noche refrescaba su rostro. Abajo se veían los techos rojos y acerados de los hogares vecinos. Un hedor mixtificado y mixtificante salía de las casas.

Más allá, las luces de la ciudad lanzaban fluidificadas olas de hastío al firmamento. Había un

gran cansancio en el cielo de la ciudad. No che que caía como la enorme ramera en el lecho de placer que la espera. Noche honda y profunda, abierta y cariñosa, como los brazos del amante pródigo que está dispuesto a todos los placeres y a todas las sensaciones.

Vivián retomó hacia el gramófono y colocó la aguja encima del disco. La música volvió a sonar. Recostado sobre el diván, miraba una luz titilante que no existía en el cielo raso. El pie le molestaba un poco, quería desnudarlo, pero la inminencia del sensual recuerdo que vendría después le retuvo. Y paralizó su gesto. Quedó como somnoliento. Pensando en Abigaíl. Una nube de humo cubrió su frente y se fue quedando lentamente dormido. La música le envolvía también. Era un efebo perseguido en el bosque umbrío por un centauro crapuloso. Corría con un montón de rojas fresas en las manos, y cuando ya sentía el aliento mortificante del centauro en su blanca nuca, se devolvía, y colocaba el puñado de fresas en la boca del monstruo, y entonces éste marchaba dócilmente a su lado, como si fuera un fox-terrier doméstico y empalagoso.

Capítulo II

Dentro de la redacción el calor era sofocante. Los hombres que trabajaban curvados sobre las maquinillas dejaban caer a veces de la frente mínimas gotas de sudor que esmerilaban el amarillo desvaído de las teclas.

Un negro fornido y alto pasaba por entre las máquinas y recogía las cuartillas que los redactores le iban entregando. Ocasionalmente se detenía con su manchado *overoll* cerca de uno de ellos y riendo con espléndida vocación de liviandad hacía chistes y epigramas populares.

Su cabeza admirablemente cincelada, con el pelo apretado cubriéndole el cráneo como si fuera un casco lustroso, se bamboleaba al compás de las risas. De pronto cerraba el grifo de la alegría y sus frases sonaban duras, cortantes, latigueantes. Pedía un cigarrillo y se entretenía en fumar. Renacía con la misma sorpresiva metamorfosis la alegría antes apagada y de nuevo la redacción se mecía en el ija, ja, ja, ja!, exhaustivo, epiléptico, del negro.

Con las piernas montadas encima del escritorio. Abigaíl fumaba lánguidamente. Se hallaba en mangas de camisa. Sus blancos y desnudos brazos lucían como dorados por el resplandor que desde la ventana llegaba hasta el centro mismo de la oficina. Con una actitud de respetable gravedad miraba hacia la lámpara fluorescente y fingía entretenerse

con el apasionante vuelo de dos moscas enamoradas que ansiaban poseerse.

El ruido potente de las máquinas subía a través de las paredes. Un perro negro, de orejas muy peludas, correteaba alegremente por entre los escritorios. Algunas veces se metía debajo de uno de ellos y desataba con los dientes las trenzas de los zapatos de uno de los que escribía. Abigaíl odiaba la desenfrenada alegría del animal. Un día estuvo a punto de tomarle en peso y arrojarle dentro de una de las máquinas. Otro día tomó un cigarrillo y se lo pegó en una de las peludas orejas. El animal partió aullando a toda velocidad, corría como si el demonio le hubiera poseído.

El negro que recogía el material, enamorado como era de los animales, lloró largo rato por la desgracia ocurrida al perro. Sabía, en el fondo, que el culpable había sido Abigaíl, pero sentía un extraño respeto hacia el taciturno joven y no se atrevió a preguntarle nada, y mucho menos a reclamarle en algo sus sádicos atentados contra el pobre animal.

— ¡Negro — rugió Abigaíl—, echa al perro que quiere molestarme!

Acompañó las palabras con una mirada de esas oblicuas que acostumbraba utilizar en algunas oportunidades para refrendar sus palabras. El negro bajó la cabeza angustiado. Los ojos demostraron el miedo que sentía.

— ¡Que eches al perro, ¿no me oyes?!

— Pero, pero... Espere, señor Abigaíl...

Nadie pudo imaginarse lo que iba a suceder después. Abigaíl corrió hacia el animal con intenciones de tomarle por el cuello, pero el negro cayó de rodillas en el centro de la redacción; uno de los reporteros, que narraba en esos momentos a los lectores el dato interesantísimo de un estupro que había ocurrido en un pueblo del interior, no pudo contener una horrible maldición, y rasgó las cuartillas que tenía escritas.

El negro seguía arrodillado, temblando, acogotado por el miedo. Abigail ya había aprisionado al animal por el cuello y se disponía a torturarlo. Comparó las dos miradas, la angustiada mirada del negro arrodillado a sus pies, y la del perro que tembloroso también no deseaba huir, sino que casi le suplicaba. Un odio feroz se anidó en el pecho de Abigail.

— ¡Debería matarte! Sí. Matarlos a los dos; a ti y al perro ¿No saben todos ustedes que soy un neurasténico? ¿Cómo voy a soportar a ese maldito perro que cuando, para calmar los nervios, me pongo a fumar se acerca a hacerme irónicas musarañas? Sí. Irónicas musarañas. Es una burla soterrada lo que hay en su actitud hacia mí. ¿O eres tú negro que me odias, que quieres burlarte y has aleccionado al perro?

Sonaron unos pasos. Alguien entraba.

— ¿Podría alguno de los ilustres cretinos que habitan en esta sucursal del infierno prestarme dos bolívares para tomarme un botellón?

La voz hueca y cínica era la del columnista del diario que antes de pedir el tema solicitaba un préstamo para el botellón. Abigail giró las espaldas y le tomó por la solapa con la descuidada alegría del que se ha topado con el talismán mucho tiempo anhelado.

— Eres el hombre que buscaba. Mata a este perro demoníaco y dile al negro que, ipor Dios iluminado!, no siga de rodillas. Dile en ese lenguaje absurdo de los humilla dos que yo nunca podré entender, que soy tan compasivo y bondadoso, tan dispuesto a hacer el bien como las mismas monjas que entregan su inefable virginidad a una orden religiosa. Dile por favor que no me tenga más miedo. Dile...

— ¡Ah, mi queridísimo Abigaíl, beberemos juntos hoy varios botellones! Estás en admirable forma. Yo siempre he dicho: el único hombre de genio, que ha pasado por esta redacción — y conste que fui uno de los fundado res —, ha sido el distinguido poeta Abigaíl. Los demás son puras ratas, sucias alimañas, seres degenerados, cretinitos todos. ¿Dígame, cuál de los que ahora viajan como agregados culturales y representantes diplomáticos se te puede comparar a ti: a ti con tu fantástico talento de divino neurótico? ¡Contéstame respetable Abigaíl!

— Oh, sí beberemos. Pero bota el perro, dile al negro que no siga de rodillas...

El ruido de las máquinas aumentaba. El calor era sofocante. En esos instantes el reportero policial había abandonado la idea de continuar explotando el crimen sexual y tomaba el teléfono para llamar a la dueña de la pensión en donde vivía. ¡Qué buena estaba! Dormía con ella dos veces a la semana y tenía un cincuenta por ciento de rebaja en la cuenta de fin de mes. ¡Admirable! Para algo servía a fin de cuentas esta lamentable profesión de inventar verdades y disfrazar mentiras. La gente piensa que uno, como honorable periodista, es merecedor de toda la humana estimación. Toma un diario y encuentran la foto. «Sí, sí, fulanito es muy amigo mío; se retrata mucho en los periódicos, es un gran periodista». ¡Horrible, cloacalmente horrible! Quizás las aguas del Guaire eran más limpias. ¿Pero qué más se podría hacer? ¿Escribir poemas, dedicarse a la filosofía? ¿Y entonces andar con paso bilharziano como el pobre Abigaíl?

— Puedes levantarte negro. Vete con el animal que amas — sólo los negros aman a los animales, y sólo los animales aman a los negros—, y no molestes nunca más a lord Byron. ¿No te das cuenta de que es capaz de hacerte decapitar con el reportero policial?

El negro siguió las indicaciones del columnista y agarró con infinita dulzura al animal por el cuello y lo llevó al patio de la vieja casona. Desde el fondo

subían ahora los gemidos del animal atacado por una crisis de desesperación. Llegaron luego otros gemidos. Eran los del negro que no podía resistir las ansias que tenía de llorar.

Abigaíl sentóse de nuevo en el escritorio. Colocó las piernas cómodamente encima de la mesa. Buscó una cuartilla. Prendió un cigarrillo. El reportero policial se reía a carcajadas mientras hablaba por teléfono con la patrona.

—... Llego a las diez en punto... preparas bien la cama... usas jabón... y bien perfumada... divino... maravilloso... eres encantadora... fascinante... ioh, no importa, siempre me encantarás y fascinarás!... siempre serás maravillosa... Ji, ji.ji.ji, jí... como un gatito blanco cuando su ama le pone el platico de leche... icómico y gracioso!, icomiquísimo!

El lápiz de Abigaíl trazaba unas líneas en la blancura de las cuartillas. Era el comienzo de un boceto masculino. Siempre había sentido pasión por el dibujo, pero nunca había logrado canalizar sus impulsos ni lograr esa alocada serenidad que es tan necesaria a los artistas del pincel. Dibujaba con calma y precisión en este instante: el breve incidente con el perro y el negro le había hecho bien. Sentía la cabeza mucho más despejada. Ya no danzaban oscuros fantasmas en su cerebro ni quería ahogar entre sus manos la cabeza del animal.

El dibujo iba saliendo claro y perfecto. Pero, ¿qué estaba representando en realidad? Era una imagen masculina. Su propia imagen. Después se hacía borrosa, al acentuar ciertos rasgos, tomaba las vericuetos del placer, se parecía demasiado al rostro hermoso y afable de Vivián. Pero si se desnivelaba la nariz y hacía más femeninos los pómulos, no era a Vivián a quien dibujaba, sino a Zoilo. Exactamente. ¡Zoilo traficando entre nubes, construido en aromas, dibujado en pétalos! Pero podía añadirse algo más. Podía intelectualizarse un poco el movimiento de las cejas, recoger la nariz y hacer eruptiva la boca, y tendría un adolescente en trance de maravilla y una maravilla en trance de adolescencia.

Raro y extraño este boceto. Lo guardaría. Muy singular. Un adolescente en trance de maravilla y una maravilla en trance de adolescencia. Algo así como la alocada Malva vistiendo pantalones y haciéndose dueña de una insólita virilidad. Mujercita descocada. Pero simpática. Positivamente cínica y simpática.

— Hace tiempo que he aceptado su noble invitación, Abigail. ¿Beberemos los botellones ofrecidos en lírica compañía?

— Los beberemos. Pero escribe primero la columna. El lúpulo siempre te hace daño. Escribe la columna primero. Busca un tema moralista, que asuste a la gente, a los miembros de la Sociedad del Divino

Redentor... No seas demasiado despiadado tampoco. Deja a un lado tus terribles influencias de Vargas Vila y el Padre Borges, no sea que mañana bien temprano tengamos una reprimenda del señor Obispo...

— Aunque usted me habla con ironía...

— La ironía es el pan de la vida.

— Aunque usted me habla con ironía, divino poeta, le prometo que escribiré una seria columna sobre la tragedia sexual del hombre moderno. Poseo amplios conocimientos sobre la materia. He leído abundantemente a Freud al camarada Adler, a James Joyce y a David Herbert Lawrence; me he paseado por la hirsuta obra de ese genio de la literatura española que se llama José María Carretero, o con su estupendo nombre de magnífico artista, el Caballero Audaz. Pues bien. Sí puedo escribir terribles páginas, certeras páginas sobre la tragedia sexual del hombre moderno.

— ¿Y ha estado usted en Caño Amarillo? Allí diariamente, todas las noches se realizan las mejores obras de la literatura universal. Creo que una noche tuve oportunidad de leer allí El amante de lady Chatterley...

— ¡Es usted un hereje Abigaíl!

— Todos los artistas han sido magníficos herejes, aunque no todos los herejes hayan sido magníficos artistas.

El columnista hizo una mueca, como si estuviera mortificado y sacó un cigarrillo de la petaca que llevaba en el saco. Ofreció uno a Abigaíl y continuaron charlando.

— Pues sí, positivamente, escribiré hoy sobre la tragedia sexual del hombre moderno y diré, entre otras cosas que...

— ¡Oh, ya basta, me fastidia con su letanía! — gruñó Abigaíl—. Sí existe una tragedia sexual del hombre moderno. Pero no es la que usted se imagina con su mentalidad de cerveza barata. Cada día aumenta el número de pederastas, afeminados, solteronas y misóginos; las mujeres odian la fornicación y se dedican a la masturbación o terminan siendo lesbianas. Un orgullo sexual, una terca muralla convencionalista fabrica hombres contenidos y fanáticos de la lujuria, libidinosos que no osan complacerse unos a otros. El gobierno, antes que nosocomios, maternidades, avenidas, urbanizaciones, etc., debería ocuparse de abrir en cada cuadra dos y tres casas de citas bien atendidas, discretas y con mucha higiene, así no habría tantos degenerados, tantos rascabucheadores, tantos viejos verdes crapulosos, tantos adolescentes atormentados, tantas virginidades calenturientas, tantas casadas insatisfechas, tantas solteronas

históricas, viudas menopáusicas y divorciadas concupiscentes. ¡Sería un paraíso la vida sexual!

— Estimado Abigail, ¿no cree usted que si digo todo eso mañana el señor Obispo nos nombra inmediatamente grandes sacerdotes de la Prostitución Nacional?

Y dando las espaldas sentóse a la máquina. Metió la larga cuartilla y comenzó a escribir con inusitado fervor. Abigail retomó, secándose la frente con el pañuelo, a su escritorio. En ese instante el reportero policial terminaba de hablar con la patrona y los ojos le brillaban de satisfacción.

—Ah, se me olvidaba decirte que esta mañana vino un joven a buscarte. Parece que andaba un poco mal de la cabeza. Una muchacha morena y hermosa — tiene una divina boquita— lo cargaba materialmente del brazo. Se llama Zoilo. Dijo que necesitaba hablarte.

— Todo el mundo necesita hablar conmigo. Debían de edificarme un trono y sacarme de esta maloliente redacción llena de malolientes reporteros.

— Debes saber que me baño y enjabono diariamente...

— ¿Tú o tu otoñal patrona?

— Es deliciosa, tiene toda la sabiduría de la perversidad.

— La eterna historia. El eterno mito de las otoñales. Pero la culpa no la tienen ellas. La culpa es de Baudelaire. «El Tiempo y el Amor la han señalado con sus garras y le han enseñado cruelmente lo que cada minuto y cada beso se llevan de juventud y frescura.» Las artimañas de la mujer otoñal sólo se pueden comparar a los arrebatos delirantes del adolescente cuando muerde con sus finos dientes el cuello de la amada y destroza con sus uñas la blanca y lisa espalda...

Se acercó agitadamente el columnista con dos grandes cuartillas en las manos.

—He concluido. Tengo ya esa sólida madurez de Summer Welles y Walter Lippman. Sería justo que un día cualquiera la AVP me rindiera los honores que merezco como mártir del periodismo venezolano.

—Cierto, muy cierto —asintió Abigaíl—, yo propondría un busto hecho de todas las columnas que has escrito y cubierto con todos los dolores de cabeza que has provocado a tus lectores. También se vería muy bien una inscripción del Administrador del diario que dijera: «Esta efigie re presenta al venerable columnista, gloria del periodismo nacional, golillero y petardista, fantástico bebedor de mala cerveza y magnánimo deudor de todos los

botiquineros de Caracas». ¿No se te haría justicia con esa inscripción?

— La ironía es el pan de la vida. Tienes razón, Abigaíl. Pero la mala cerveza y la mediocridad también, ¿no lo crees? Si no icómo es posible que todavía no hayan cerrado este periódico en que nosotros trabajamos!

Salieron atropelladamente de la redacción. El calor se acentuaba. Eran las cinco y media de la tarde. Abigaíl concluía de colocarse el sombrero en la cabeza. El columnista buscaba en sus bolsillos la cartera y no podía encontrarla. El reportero se anudaba una corbata negra de puntitos que fueron blancos, y arreglaba el cuello ya negro, que algún día sería blanco.

El ruido de las máquinas sonaba ahora en forma más impresionante porque ya las maquinillas de escribir se habían silenciado. El negro entró en puntas de pie a la redacción. Las pupilas evidenciaban una subterránea ansiedad. A su lado marchaba el perro. Juntos se acercaron al escritorio de Abigaíl y se quedaron largo rato contemplándolo.

La tarde se pulía las uñas aguzando sombras contra los grandes edificios. Las arrugas de los hombres se acentuaban con la caída del atardecer. Unas ojeras violeta aparecían en los ojos de las mujeres que habían fornicado la noche anterior. Brillos

presagiosos lucían en las pupilas de las que no habían fornicado aún.

Luz en verde del semáforo. Un desvencijado autobús pasa a toda velocidad. La sombra de un búho parece querer aprovechar también la luz verde y se fija contra el corazón de las nubes.

El retaco policía de la esquina se lleva el pito a los labios para ordenar en mejor forma el paso de los carros, pero en ese momento recuerda que tiene deseos de fumar e interrumpe el movimiento para hurgarse los bolsillos.

Una mujer hermosa, elegante y muy bien vestida, pasa con los guantes en las manos y limpiándose la nariz. El policía de punto, desde su retaca apostura, piensa: «A veces es más poético un pez soñoliento que una mujer bella limpiándose la nariz».

Abigaíl, el columnista y el reportero policial, entran en un botiquín. Ordenan varios botellones. Unas tostadas con bastante manteca. Unos pedazos de queso. Y se sientan a conversar con perfecta indecencia y naturalidad.

Capítulo III

Retornar del sueño con la insomne ola luego de haberse hundido en la salobre y fantasmagórica entraña del mar. Retornar del sueño con los párpados pesados de ansiedad y un gran bloque de hielo derritiéndose en el centro del pecho. Así era la incómoda sensación de nebulosa que hacía mover de un lado a otro la cabeza al sonámbulo de Vivián.

La oscuridad cubría todo el recinto de la habitación. Había destellos de pulpo enamorado en las zonas profundas de los rincones. Juraría haber sentido la mano negra de un tentáculo que me acariciaba la piel. Hace rato que el bloque de hielo mortifica los latidos de mi corazón. Sería capaz de mirar la hora exacta en los ojos de la urraca, o de construir con el aliento del alba una cabaña siniestra, pero no puedo soportar que los espectros de mis sensaciones castiguen todos y cada uno de los vuelcos de mi sangre.

Necesito ver mi cuerpo, sentir que tengo ojos, y cabeza, y negra cabellera, y nariz rectilínea. Necesito un espejo que me devuelva a la vida. Una luz vibrante y entusiasmada, juvenil y vital, que ilumine de pies a cabeza mi figura: total, integralmente.

Entonces podré decir: ¡Vivián existe! Todavía el hastío alucinado seguirá esperando, con bonachona sonrisa de publicista, que llegase la hora, el

momento estelar, de dar la gran puñalada en el vértice divino de la íngle.

Poder tejer una larga tela, de kilométricos ensueños, donde lo circunstancial y lo eterno establezcan maravilloso concubinato. Desnudar el enmascarado lago de la melancolía y hundir las manos clamorosas en las negras aguas que nos darán el talismán errante y ya secretamente perdido para nuestras más optimistas intenciones.

Hay una soledad de niño temeroso en el aire de la habitación.

Aseguro que un murciélagó maldito me hace muecas debajo de la cama. Posee el don de la palabra e imita los murmullos del ruiseñor. Si pudiera recoger su canto lo convertiría en estrella y se lo colgaría del pecho al musical y poético de Zoilo que tiene actitudes de lirio y voz de cascada en el anochecer.

Siento que un caramelo acidulado se está derritiendo en mi boca. Buscan mis dientes el cuerpo material para fracturarlo de una sola dentellada y no lo encuentro, por más que me angustio y desespero, por más que mi lengua escurridiza lo acorrala contra una muela, y ya se acerca el instan te de la maceración, pero el maldito huye y se fuga, se pega contra el cielo de la boca, de pronto gime y chilla, como el murciélagó, imita al ruiseñor, tiene caricias de pulpos.

¡Gimo como si me estuvieran extrayendo con una pinza los pelos del pubis! ¡Gimo como si mis manos inútiles no pudieran encontrar la llave del placer! Ansiedad. Tormento. Angustia. Oscuridad.

Un leve rac-rec-ric-roc-ruc-rec se desliza por el centro de la habitación. Un lacerante y agudo tric-trac-trec-troctruc viene marcando la línea de mi destino y se arrastra como la víbora gris de mis instintos para morderme en el cuello y precipitarme al abismo fatal.

Trato de gritar, trato de que mi voz traspase las paredes y se eleve hasta el firmamento, y llegue como un lamento de mendigo a los oídos tapiados del político que amasa sus ambiciones, del erudito que repasa con amor la cubierta de sus textos, del comerciante que firma un contrato con la misma ternura con que besaría los pezones de una adolescente... Que llegue como lancinante mensaje al jardín en penumbra de la adversidad donde esperan al verdugo todos los sentidores, todos los delirantes y alucinados creadores de la estética belleza.

¿Cuál destino más hermoso que el de tener la soledad del faro y hacer encallar a todos los barcos contra la costa sombría?

Levantarme. Ponerme en pie. Recobrar la posición vertical. Volver a ser una corporeidad humana. ¡Cómo me ha desfigurado el sueño! Va no me

reconozco. Ya no soy Vivián. ¡Qué horrible emoción cuando encuentre el *switch* de la luz y me vea ante el espejo! ¿Será mi rostro el que me sonreirá? ¿O una mueca horrible y monstruosa me hundirá en el pantanoso abismo de la fealdad corrosiva?

¿Y si mi rostro ya no existe, si he perdido la memoria de aquel, mi rostro hermoso y fascinante? ¿Si en este sueño lúgubre en que hace poco estuve sepultado ha perdido mi alma la facultad de dar expresiones al rostro fraternal y entrañable? ¡Qué haré, qué puedo hacer para encontrar mi rostro y no ser el hombre inmutable con rasgos de *iceberg* y apostura de pingüino!

Poco a poco me voy levantando. Oscuridad. Más oscuridad. No puedo abrir los ojos. ¡Oh, si llegara Abigail a ayudarme! ¡Si llegara en este instante y prendiera la luz, y tomara mis manos heladas entre sus manos tibias y me reconfortara y devolviera la paz y la tranquilidad perdidas!

Y me musitara al oído, con su voz dura y latigueante: «Vuelve en ti Vivián, vuelve en ti Vivián. He cortado cien narcisos en la fresca hondonada y los traigo entre mis manos para colgarlos sobre tu cabellera».

Lloraría de amor. Mis lágrimas formarían ríos que nunca llegarían al mar. Robaría la nota más aguda del canto de la golondrina para colgarla sobre su ceja izquierda. Y qué coquetón luciría.

La pobre Malva que es tan coqueta y presumida se enojaría conmigo y no volvería a darme la mano.

¡Pero si alguien me salvara de esta oscuridad!
¡Salvarme de la oscuridad! ¡Encontrar la luz!
¡Volver a poseerme a mí mismo!

El murciélago atormenta con su ruido de sátiro presuntuoso la fe de mis oídos. Ya me levanto. Ya voy llegando, poco a poco, a la llave de la luz. Qué pesadilla tan horrible. De nuevo soy Vivián. Existo. Vivo. Siento. Palpito. ¡Luz! ¡Luz!

Y la luz se hizo en el pequeño apartamento y Vivián pudo mirar su bello rostro que lucía torpemente demacrado.

Un joven subía caminando firmemente por la acera derecha de la Avenida Central. Su paso era lento y reposado. En una de las manos llevaba un diario arrollado. Vestía bastante bien. Traje marrón oscuro, elegantemente cruzado, corbata marrón a pintas amarillas, camisa blanca y unos anteojos ahumados. De regular estatura, facciones morenas y normales.

A lo lejos, quizás lucía un poco mal. De cerca, sin embargo, llamaba la atención. En ocasiones daba una sensación de fuerza por un gesto muy

característico que tenía de mover los hombros, pero luego, cuando hablaba — la voz era opaca y soñadora—, producía en uno la impresión de que era débil, sugestivamente débil, y había que protegerle y acunarle, llevarle con excesivos mimos a una habitación bien caldeada para que no se resfriara, ofrecerle finos sandwiches de jamón planchado y un buen vaso de leche tibia.

Ya con su aguda mirada había divisado a la joven que le esperaba en el cruce de la Avenida Central con la Avenida Intermedia. Apresuró el paso. Sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo rojo y se lo pasó por el pómulo derecho. Hizo como quien levantaba la mirada hacia el cielo. En realidad, le había conmovido el encuentro con la mujer en medio de esta multitud. Si hubiera sido en un gabinete, a la media luz de la lámpara de un velador, se hubiera mostrado encantador y radiante, la habría deslumbrado con palabras hondas y melosas.

Pero ahora notaba la avidez y sangrienta curiosidad de los limpiabotas por robarse el más mínimo e impreciso de sus gestos. Las vendedoras del almacén de medias también le enfocaban con todo el satánico instinto de averiguar qué existe en estas lamentables solteronas.

Era odiosa la escena. Pero necesitaba llegar hasta la mujer, aprisionar su mano, sonreírle, decirle dos o tres frases oscuras y entonces marchar en busca del lazo armónico que les uniría en este instante... Sí,

que les uniría, circunstancial, temporalmente, en la mágica esfera del tiempo que nunca se detiene.

— ¡Oh, tú!

— Sí, yo.

— ¿Me acompañas?

— Te acompaño.

— ¿Hacia dónde ibas?

— Nunca voy a ninguna parte. No existe para mí rumbo en esta vida.

— Yo sí tengo rumbo; voy a comprar unos guantes. ¿Quieres ir?

— Es para mí un gran placer acompañarte a comprar los guantes. Te he buscado desde esta mañana por toda la ciudad para preguntarte si no has visto a Abigaíl...

— ¿Y no te intereso yo para nada?

— Sabes bien que me fascinas y encantas.

La mujer era menuda y coquetona. Divertidamente cínica. Muy poco inteligente, pero con una gran

avidez de sexo y una avasallante intuición para canalizar los instintos y deseos del macho. Tomó con táctil blandura el brazo derecho del joven y marcharon por entre la gente.

— Tengo dos horas a tu disposición. Necesito que hablemos de algo. Algo que te pueda interesar.

El joven hizo como que no escuchaba. Sorteó a dos vendedores ambulantes que le obstaculizaban el paso y continuó la marcha con la mujer que le seguía.

—Zoilo, por favor, te he dicho que tengo dos horas a tu disposición...

— ¿Con cuántos falderillos te contentas tú mi querida Malva? ¿No opinas que yo sería un pésimo falderillo, un contumaz espécimen en tu colección? No. No puedo acompañarte por dos horas. Me sería horriblemente fatal para mi futuro. Además, necesito ver a Abigaíl! Es un hombre muy inteligente. Siempre asume posiciones defensivas ante mí. No me importa. Yo me adhiero a su luminoso talento como la perla a la entraña viva de la ostra.

—Eres divertidamente gracioso. Lo único raro que noto es que te estás saliendo de tu actitud gaseosa. Te noto muy concreto para conmigo, hoy... ¿Te has olvidado...?

—No me he olvidado Malva Soy lo que soy. Lo que no eres ni serás nunca tú. Sé que soy gaseoso, soñador y flotante. Sé que te tuve sentada sobre mis rodillas en el balneario, sé que te besé largamente en el cuello, sé también que has sido besada y te has dejado besar así por todos aquellos a quienes quieres encadenar a tu corte. A mí, me subleva ser un falderillo tuyo. Conozco ya tu horario perfectamente bien. En la mañana y vespertinas: el falderillo «A» de traje deportivo y buena cuenta en el banco, casado y fiel a ti hasta la muerte. En las noches y fiestas de *dancings* y orgías desenfrenadas: falderillo «B», radicalmente estúpido y romántico, llora cuando tú lo abandonas, casado, ama a sus hijos, y fiel a ti con buena cuenta en el banco. En los *cocktails* y veladas de intelectuales, bacanales de literatos: falderillo «C» —o en otras palabras ese poetilla llamado Sandro—, apasionado amante de la pederastia y tenaz defensor de la homosexualidad, empalagoso y cursi, fiel a ti porque tú eres el último lazo que le une a la virilidad, nunca te abandonará y sus padres poseen bastante dinero para mantenerle y pagar las elevadas cuentas de las *boites*...

— Oh, me fastidias queridísimo Zoilo. Hablas exactamente igual al apasionante Vivián cuando decide parecer se a Lord Henry Wotton. Creo que tu íntima amistad con ese hombre te hará daño en el futuro...

Sin hacer caso el joven prosiguió:

— Reflexiona sobre lo que te he dicho — aunque las mujeres como tú no reflexionan ni sobre sus propios actos— y ya verás que cada vez que te encuentres con un hombre inteligente te dirá lo mismo: que no está dispuesto por ningún motivo a convertirse en tu falderillo...

— Y mucho menos aún en falderillo «D», ¿no es cierto querido?

Se detuvieron frente a una lujosa tienda de modas, y mientras Zoilo tiraba el diario que ya estaba demasiado arrugado, Malva entró con oscilantes movimientos de cintura a comprar unos guantes blancos que necesitaba esa noche para acompañar al falderillo «B» a la inauguración del *dancing* «La Piedra y la Estrella».

El botiquinero se acercó a la mesa y colocó dos botellones más. Con una ansiedad incontenible el columnista se aba lanzó sobre uno de ellos y lo vertió hasta la mitad en su enorme vaso.

Luego bebió; bebió hasta dejar limpio de todo líquido el recipiente y volvió a servirse. El reportero policial se había emborrachado. Era su costumbre. En cuanto tenía dos cervezas en la cabeza no podía pensar en nada más que no fueran los crímenes que había reseñado en su vida periodística y en los besos

de lengua que le daba su patrona cuando lo recibía en su alcoba.

Abigaíl tenía una mirada fija y extática. No se había quitado el sombrero. La ancha ala caía sobre sus ojos y le daba una sombra terrible sobre los pómulos.

—Hay crímenes deliciosos. Crímenes sublimes, dignos de ser cometidos para tener fe en la vida. ¿Acaso hay un hombre en el mundo que pueda comprender a la humanidad sin antes haberla torturado y degollado? Es morbosidad. Reconozco que es pura morbosidad...

Intervino Abigaíl, cortante y seco:

— La morbosidad no es tuya, la morbosidad es de es la mala cerveza... ¡Me voy pronto, no puedo soportar a dos borrachos a la vez!

— ¡Joven, joven, soy un columnista notable, a lo Walter Lippman y Summer Welles, no permito que se me insulte ...! (¡Dos tostadas más y otros botellones botiquinero!...)

Se abrió paso y salió al centro de la calle. Calóse más aún el sombrero y marchó rápidamente sin saber la dirección que llevaba. Varios hombres le saludaron en la calle y no les respondió. ¿Quiénes podrían ser: estúpidos amigos, quizás?

Una mujer negra creyó que iba muy borracho y fue a contarle una larga historia de miserias y desdichas para pedirle luego un bolívar. Abigaíl le lanzó una patada al vientre y salió corriendo como un desaforado mientras la mujer se ponía a gritar. Aullaba con la misma voz del perro y el negro de la redacción. ¿Qué horrible sino le empujaba a ser cruel con los humillados y ofendidos?

Marchaba por el centro de la calle. Iba entrando a un barrio que no podía reconocer. Se dirigía hacia una casa que no sabía de quién era. De pronto una luz saltó en su cerebro. Iba a visitar a Vivián. Sí, iba a visitar a Vivián. Apresuró más el paso y pronto estuvo ante la casa de apartamentos. Entró con paso firme. Sin dar las buenas noches al portero comenzó a subir la escalera.

Capítulo IV

El silencio era como un cisne. Las rosas se bamboleaban sobre sus tallos con esa vaga e imprecisa armonía de las danzarinas de ballet. A veces las faldas de los pétalos se estremecían con las ambiguas caricias del viento.

Un camaleón tomaba el sol con severa indolencia.

Suavemente se deslizaba un incontenible murmullo entre las bajas nubes que almohadillaban la tarde.

Las dos figuras tenían ya las cabelleras despeinadas. En los dos rostros había esa secreta mudez de los que se han comprendido, intuido y descubierto hacía ya mucho tiempo. Podía asegurarse que entre sus dos almas había esa formidable y extraterrena caricia que liga por los siglos y edades a la vieja y entrañable ancla a los limos que el mar forma sobre su acerado corazón.

No hablaban. La pausa podía durar dos kilómetros de melancolía o un ramillete de ternuras. No había ansiedad. No había exaltación. Sólo esta blanca y lechosa paz del adolescente sentado a los pies de la mujer olímpica y serena.

El lírico cuerpo del muchacho, con esa elástica cualidad de los años juveniles, se recogía encima del cojín negro. Sus dedos jugaban con una sortija en

forma de corazón. Ella alzaba los ojos hacia el cielo, abría un poco las aletas de la nariz y el aroma de las rosas llegaba hasta lo más secreto de su ardiente entraña espiritual.

Palpitaba suavemente su pecho, pero ni la adormecida naturaleza de su pasión, ni el gesto diluida y místicamente sensual del adolescente, podían inducirla a reflejar en sus ojos el deseo que la dominaba, poseía y encadenaba aun contra sus más férreas y disciplinadas vigilancias.

Hacia un lado del jardín jugaban los niños. Una criada de figura firme y alta, eminentemente sólida, los acompañaba. Tenía especial empeño en recoger a cada instante sobre la cabeza el bucle rubio que se le venía hacia la frente al más hermoso de ellos. Correteaban. Saltaban una zanja donde nadaban dos mínimas jicoteas con sus tornasolados caparazones.

Súbitamente se quedaban tranquilos y se miraban unos a otros con notable extrañeza. Como si no se conocieran, como si una horrible sombra de razonamiento hubiera vibrado en sus cerebros y tuviesen necesidad de captarla y aprisionarla, de sentirla y comprobarla con la medida cabal del raciocinio.

Desconciertan en ocasiones estas actitudes de los niños. Una luz impertinente de madurez los asalta a veces —como un reflejo melancólico que aparece en

los ojos del animal que pronto será degollado— y dejan todos sus juegos y alegrías, abandonan toda actitud irreflexiva, y miran profundamente a los mayores que estén más cercanos, con una mirada interrogativa que desearía precisar una verdad que se palpa pero que no se toca; desearían saber el secreto de la guadaña, la raíz de la Pasión, el espíritu enfermizo de la Belleza, la obtusa concavidad del Sexo alucinado, el delirante apodo de la Enfermedad, el cognomento sublime del Dato Existencial.

Y no lo saben. Y no lo sabrán. Gracias a Dios que la lucecilla muere instantáneamente. Cierto es que se asustan los mayores, pero no pasa, sucede ni acontece nada más.

Todo continúa igual. Juegan los niños junto a las rosas. La criada, sólida y confiada, plena de majestad, se acerca a ellos, arregla el bucle del niño rubio, vuelve tranquila a su misma posición. Se diría que en sus manos hay inquietud de pájaro en el aire, silueta de nube estremecida, quizás angustia de pez alucinante.

El silencio era como una estrella caída. Caído estaba el adolescente a los pies de la mujer amada. Poco a poco sus pupilas se vuelven en la extática contemplación hacia el rostro de ella.

—¡Oh amada Rosamunda, cómo aprisionar este momento! ¡Cómo elevamos juntos hasta la

serenidad del pleamar! Sé que he llegado a ti de improviso, en medio de ese cobarde e ignominioso contrabando de la actitud mundana. Tuve que estrechar tu mano mientras mi corazón temblaba y mis pálidos labios denunciaban lo intenso y agudo de mi amor hacia ti.

— ¿Amor de qué: amor de artista, amor de atormentado, loco, o simple y fugaz capricho de adolescente que rodea de fácil y rosada aureola el centro vivo de su pasión? Quisiera precisar un poco. Pero ¿cómo precisar, cómo explicar, decir, señalar, analizar y concretar estas cosas tan vivas e inexplicables que adormecidas en el cofre de nuestras sensaciones y afectos afloran de pronto y nos marean con su vaho embriagador?

— Es una atracción mágica, una fascinación en la cual es más fuerte, quizás, el fascinado que aquello que fascina y subyuga. Tendido a tus pies — el silencio es nuestra alcoba más inmediata para poseernos— , medito en la tinta belleza de tu perfil, en la precisa y aguda verticalidad de tus cejas, en el denodado y a veces nostálgico gesto de tus labios, en la sutil inclinación de tu cabeza, y la manera dulce, queda, tranquila, sabia y admirable que tienes para enviarme tu voz como si cada una de ms palabras fuera un mensaje de ternura o como si cada una de ellas viniera a embalsamar en mí lo que está vivo y ardiente, pero que tú tratas de adormecer con esa envidiable fuerza de lirio narcisista.

En el gesto atribulado del niño que corre hacia la madre porque tiene miedo de una sombra que ha caído encima del jardín, hay el convencional reclamo de lo eterno, de lo imperecedero, de lo que está más allá de la pasión. Por eso el gran espíritu se forja en el yunque de la bondad y de la compasión.

Si con lágrimas de madre y terrores infantiles se edificara un mundo, nada lo conmovería, nadie osaría destruirlo.

Y la fe sería la cotidiana comunión del alba. Y la suave oración sería el bálsamo más adecuado para no odiar a la oscuridad ni sentir horrible desazón cuando la cabeza ama da y el pecho que adoramos se esconde en la bruma de un horizonte o en la agonía titilante de un crepúsculo lacerado.

— Adivino tu mensaje mi débil amigo. Capto todas tus mudas palabras. ¿Existe acaso, entre todos los placeres de la inteligencia, un placer más puro y elemental, más digno y noble que de apreciar en lo impreciso de tus gestos, en el signo de tu frente, en el movimiento imperceptible de las aletas de tu nariz, todo lo que nunca podrás decirme a viva voz porque deformarías la plasticidad del sentimiento, y que tampoco podrás escribirme en verso y prosa por que aún el sentimiento ama al vocablo ni el vocablo ama a la pasión?

»Me basta — ¡oh entrañable Lombardo!— con tenerte a mis pies sentado encima de ese lindo cojín.

No niego, nunca lo negaría, que despiertas en mí los sueños más imposibles, las ideas más próximas a la locura de lo irrealizable: isaberte canalizado en mí, saberte prisionero y encadenado a mi soberana opulencia de mujer que vence!

»En mí luchan, te lo confieso, muchos instintos, A veces desearía castigarte, pegarte, abrirte los ojos y lanzarte a la negra y atroz marea del universo. Pero, ¡oh dolor!, cuando veo en el fondo de tus ojos ese terror del adolescente que huye y a quien el mundo rechaza, no me queda más remedio, no hay otra solución, que protegerte y acunarte, preservarte de todo.

»Sé que esto no terminará nunca. A mí estas ligado. A mí estás unido. Tu adolescencia será eterna. Eres un predestinado. Las edades del tiempo no enastan para ti. Algún día la meditación obstinada en que te absorbes te llevará, mi adorado Lombardo, a la desesperación iconoclasta del que no se siente seguro y firme sobre la amplitud de la corteza terrestre. En tu desesperación irás y te embriagarás con el más vil de los licores, recostarás tu bella cabeza en el seno agusanado de la enorme ramera, unos labios prostituidos besarán tu blanca frente, y luego la oxidada guadaña te tomará por el cuello y querrá obligarte a convivir con el búho y festejar los lúgubres cantos de la urraca.

»Retomarás agonizante, con el rostro demacrado y cubierto de negros temores, pero yo estaré aquí, en

este jardín, rodeada de mis flores y mis hijos, en este mismo sitio, con el lindo cojín a mis pies, y tú podrás reclinarte en mi vientre, como el navío diabólico que huye del vendaval para reclinarse en las femeninas costas que le aclaman. Mi blanco seno de madre y amante apasionada estará abierto pura ti. Mis dedos sabios recorrerán todo tu cuerpo y borrarán las señales de todos aquellos que te han mancillado y de todas aquellas que han querido hacerte impuro.

»Amo tu castidad de loto. Amo tu adolescencia radiante. Muy lejana está la fecha en que volvamos a sentimos tan unidos como en esta hora. Pero no la olvides, sé que no la olvidarás. Cuando sueñes, no tengas miedo de los fantasmas. Cada una de esas veladas figuras lleva un mensaje de tu madre amante y apasionada, de esta Rosamunda que será en tu vida la gruta primitiva para conservar tus sueños y adormecer tus ensueños. Vete, Lombardo. Vete ahora No rompas el silencio. Vete en calma. Despídete de los niños que juegan. No vayas tu también, como mi pequeño hijo, a tener miedo de la sombra que ha caído en el jardín. Vuelve cuando quieras Lombardo, pero no olvides este momento. No lo olvides nunca. El cojín negro te esperará eternamente para verte sentado a mis pies...

Y Lombardo tomó lentamente la floreada vereda que le llevaba a la calle. Sus pasos suaves y livianos le conducían con cierto aire de velocidad. En el pecho palpitaba el corazón con agonías de naufrago.

Allá estaba Rosamunda. Qué vago y pavoroso lucía todo. Parecía un cuadro incrustado en ia niebla. Ella agitaba sus manos. Le despedía con una pasión de invernadero. ¡Hermoso, sugestivo, y cada una de sus palabras era un riachuelo que se había incorporado a su sangre!

Como surgiendo de una pesadilla abrumadora, el divino cuerpo de Rosamunda extendió una espejeante sombra sobre el césped del jardín. Los niños habían partido con la alegría de la primera estrella en los labios y el dulzor del sol oculto en los mínimos corazones.

Invocación al eterno en pos de la felicidad y el amor. Invocación a los poderes infernales para que desaten sus afiladas garras en torno a la cintura de todos aquellos hasta quienes elevo el incienso de mi amor. Invocación a la noche para que no frustre mi ansiedad y haga hermosos sus adolescentes sueños.

Abrió la puerta que comunicaba el jardín con la planta baja de la casa. Alguien hablaba por teléfono desde el hall. Posiblemente el marido, la hermana, o el cuñado... alguien fuera de este mundo tan suyo y tan entrañable... itan divino y maravilloso! Alguien que no había engendrado vivencias admirables en el caos del atardecer.

Las manos de Rosamunda fueron instintivamente al centro de su pecho. Entre los dos blancos senos algo vivía y moría, resucitaba y volvía a morir. Algo cambiaba un deseo de luz por otro de oscuridad. Algo vivía. Algo moría. Algo agonizaba. Algo resucitaba. El estaba allí. Inexorable y pálido. Con sus ojos de astro y sus miradas de estrella caída.

Adornaría el estanque de sus ansias con guirnaldas cortadas en el bosque de lo inefable. Pondría en sus labios unas gotas de piedad y ya se echaría a andar por las sombrías callejuelas del universo... con las manos extendidas... como buscando un lejano y veleidoso crucifijo en el cual estampar un beso de fe.

Concluyó de entrar en la casa. Efectivamente, era el marido quien hablaba. El padre de sus hijos. El hombre que un día la había fecundado con dolores agrarios y ternuras de campesino. Ahora tenía que besar sus marchitos labios y acariciar su arrugado cuello.

— ¡Rosamunda! ¿Has pasado bien la tarde? ¿Escribiste algo? Llamaba a...

Ella no respondió nada. Lo contempló con infinita dulzura y pasó su brazo por encima de sus agobiadas espaldas.

— Vamos al comedor. Te he traído unas nuevas revistas y algunas cartas que me llegaron para ti...

Entraron al comedor. Ella prendió la luz. Él comenzó a buscar en sus bolsillos.

Afuera la oscuridad era completa. El jardín lucía en la penumbra una tristeza de góndola solitaria. No había un ruido. El viento cabeceaba por las cercanías de la florea da vereda sin hacer el más leve movimiento. Andaba en puntas de pie, como un delicado gnomo.

Rosamunda se llevó las manos al pecho y sintió que algo crecía en ella. Algo. Como una súbita y ardiente llamarada de pasión. A lo lejos alguien sueña! El sueño es la ruta más directa al corazón.

Capítulo V

Esta escalera me fatiga un poco, meditó Abigaíl. ¿O era que en realidad se emocionaba e inquietaba ante la próxima y cierta presencia de Vivián ante él?

¡Bah! Sería estúpido. Hasta ahora el fascinado y atraído había sido este último. Desde el mismo instante en que se conocieron hubo un tácito y prudente entendimiento que luego con el tiempo se había ido realizando.

Hubo entre ambos esa intimidad callada de la lágrima y el llanto, del viento que corta el aliento a la rosa... Nada más.

Poco a poco, luego, con una firme lentitud, se habían hecho material y afectivamente inseparables.

¿Por qué entonces este casi agonizar cuando se aproximaba a su presencia? Todo era culpa — iya precisaba una luz de verdad!— del mal rato que había pasado en la redacción, y de las horas melancólicamente prosaicas con que luego había visto agonizar la tarde. Ese maldito negro y su amor por los perros. Con qué abominable gusto no les torcería el cuello a los dos. Resultaría una escena formidable, líricamente dramática. Podría ser un motivo pictórico capaz de engendrar maravillosas fuentes de belleza.

Imaginad al negro, con su enorme torso de atleta, con vertido en cadáver al lado del perro, amigo fiel y amante definitivo...

Hermosa escena. Sombrío cuadro. Y sin una lágrima de amor. Sin un suspiro de ansiedad. Descamada, seca, fría, reflexiva. Como un trozo de matemáticas que nos sir ven en ensalada con un postre de sonetos...

Una suave y musical oscuridad había en la escalera. Parecía como si una gran cantidad de niños jugaban en su vientre mal iluminado. Abigail continuó ascendiendo. Ya no pensaba en el negro, ni en el perro, tampoco en la escena dramática de esa tarde, ni en las vulgaridades de cerveza barata que le habían dicho el columnista y el reportero policial. Qué par de ratas. Patas cortas y corto entendimiento. Entendimiento corto y una monolítica mediocridad.

¿Por qué los espermatozoides no son también juzgados y sometidos a tribunales que les echen en cara sus malas producciones? ¡Divertido, divertidísimo, sería el cuadro de un padre de familia sometido ajuicio!

«Hable, hable pronto — diría el Juez arrugando el ceño—, ¿de quién es la culpa, de usted o de su esposa? ¡Hable, hable pronto, si no toda la culpa será suya!»

Dramático, trágico, pero esencialmente dramático. ¿De quién es la culpa, del hombre o la mujer, del espermatozoide o el óvulo? ¿Podría aclaramos este sutil problema el Altísimo o el Bajísimo? Lindo Satanás, de glúteos amaratados, ¿puedes tú darme una lección de buen amor? Vacilo. Vacilo y caigo... Sigo vacilando y vuelvo a cae r... a ca.e.e.e.r.r.r...

El joven detuvo sus pasos ante la puerta del apartamento de Vivián. Adentro no se oía ningún ruido. Flotaba una solemne paz de basílica en penumbra. Discretamente, Abigail dio unos golpecitos. Oyó los pasos que se acercaban. Sí, los pasos elásticos, firmes, armoniosos, de Vivián. Ahora abría. Y le tendía los brazos con una gran sonrisa.

— ¡Oh! gracias, apreciado Abigaíl, necesitaba hablarte, ¿quieres beber? ¿Ginebra, verdad? ¿Y unas ostras?

«Todo el mundo necesita hablarme, todo el mundo, pensó Abigaíl, deberían edificarme un trono.»

— Sí — respondió con voz potente, bien entonada—, ginebra, ostras, buen licor... ¿Y para qué me necesitabas? Sabes, en estos días he descubierto que la vida puede ser muy hábilmente manejada desde el inconsciente burlón. Si supieras cómo me he divertido esta tarde con una cómica escena que me hizo el negro y su amado perro en la redacción.

¡Parecía una página de Dostoievski! Has debido estar presente Vivián. Yo, erguido, diabólico, casi satánico.. . ¡Bah. no vale la pena seguirte contando!, hálbame de ti, Vivián, tienes algo que decirme... Noto tu rostro como cansado. Como si hubieras degollado estrellas... No sé...

La alta figura de Vivián se movía hacia un extremo de la pieza. Por detrás lucía la adorable esbeltez de sus espaldas. Tenía una nuca griega, blanca y fuerte, como un novillo en primavera... Servía la ginebra y caminaba ahora hacia la frigidier¹ para buscar las ostras.

Oía todo lo que decía su amigo. Una gran paz se había apoderado de su alma y de su espíritu. Después de haberse visto en el espejo se había recobrado a sí mismo. La luz, el espejo, la presencia de Abigail, con su voz latigüeante y sus actitudes poenianas, le calmaban, le hacían mucho bien. Ya estaba salvado. Por estas veinticuatro horas. Ahora sólo necesitaba: delirar, soñar, ver mujeres, ver hombres ingeniosos y adolescentes petulantes con blanduras lácteas.

¹ Frigidier: palabra antiguamente usada para nombrar a las neveras. Deriva de la pronunciación de la más conocida marca: Frígidaire.

Quizás llegaría hasta Bahía Grande y haría una de sus locuras... Metería el carro en el mar... O se montaría en frac encima de uno de los cocoteros...

— El inconsciente burlón; está muy bien, admirable Abigaíl. Siempre luces certero. Creo que cuando los dos hayamos removido bien ese lodo perfumado de la perversidad y la degradación humana podremos sentarnos a escribir vidas de santos, o a pintar retratos de santas...

Si alguien se hubiera, colocado en la terraza del apartamento con una lente subjetiva y hubiese analizado las profundidades de estos dos hombres — Abigaíl y Vivián—, se habría dado cuenta inmediatamente del terror, el miedo y la oscuridad que los acosaba a ambos.

En sus palabras, en sus gestos, en sus epigramas y calembours había un dominio, una serenidad de hierro, pero asomados a las profundas cuencas de Abigaíl, mirad bien en las comisuras de los labios de Vivián. Ambos se temen y se protegen el uno al otro. Ambos temen algo terrible, fulminante como un rayo, que algún día los anonadará, los vencerá y humillará. Serán guiñapos, desperdicios humanos. Simples restos del naufragio contemporáneo. De esta sociedad vacilante y corrompida que ya balbucea sus últimas frases y quiere aún darse el lujo de recibir la extremaunción con una paradoja en los labios y una ironía en el corazón...

—Pero sé — lo sé muy bien—. ¡que todos reventarán! Este Abigaíl, este bello Vivián, todos reventarán, porque no tienen alma ni corazón, carecen de fe y prudencia; por eso dentro de sus cuerpos, cuando el Altísimo o el Bajísimo les haga la absoluta autopsia, sólo encontrará pus, ¡Pus en su más prístina esencia!

Los dos se miran a los ojos y beben. Cambian frases agudas. Hacen planes. Chismorrear sobre los detalles del día. Exponen planes y datos. A lo lejos, quizás de algunos de los escalones, vuelve a brotar un aliento musical, un telón de fondo... Lo recoge Abigail, que ya lo había escuchado cuando subía; lo pierde Vivián, que sólo ansia delirar y morir, ya que vivir es delirar, y la vida sin delirio es como el sexo de la hembra cuando no encuentra macho impertinente que la acose.

— Iremos esta noche a «La Piedra y la Estrella»...

Bello nombre para un cabaret. Siempre he deseado montar un prostíbulo. Debe ser sumamente interesante para un artista de la vida como yo, servir de alcahuete a todos los amantes del universo. Cuando lleguen a fornicar, por ejemplo, ese distinguido joven llamado Zoilo, y la linda prostituta de Malva, o la otoñal Verónica con su Sandro, les diría: — Por favor, cuidado del semen, el semen es la esencia divina, no malgastéis vuestras fuerzas. Se prohíben absolutamente los besos de lengua y los mordiscos en los senos...

— ¿Me permites carcajearme un poco, querido Abigail? ¡Es admirable el dominio que tienes de la obscenidad! Lu ces un estilo fino, que no ofende a nadie. Podrías dictar cátedras en un convento y te aseguro que hasta el Supremo Pontífice te las oiría. De las monjas no te digo nada. Las aprecio tanto como a las prostitutas. En suma, querido Abigail, sólo hay dos formas de llegar a la divinidad, por el camino del pecado o por el camino de la virtud.

— ¡Detente Vivián! Detente. Ya estás hablando como Lord Henry Wotton. No prosigas. No continúes, termina de vestirme y te acompañaré a ese hermoso cabaret que tiene nombre de poema... o de poemario.

Malva tomaba el baño. Sandro, tendido en una silla de extensión, comía lenta mente unos finos bombones que estaban en una caja azul.

Era un hombre gordo. Bastante avanzada la obesidad. Pero tenía un rostro particularísimo. Surcado de arrugas, con una nariz chata, sin aletas ni perfil. Era, en suma, un feo ejemplar; sin embargo, sus gestos, su sonrisa, las poses que tenía para hablar, le hacían parecer simpático, casi extrañamente hermoso. Podría hablarse de él como de un ser que combinaba lo bello en lo horrible...

— La poesía es mi sedante más apreciado en estos días en que tú has dejado de amarme por esa parejita de adolescentes que te persiguen. ¿Cómo se

llaman? Ah sí, ya re cuerdo, ambos tienen nombres poéticos: Zoilo y Lombardo. Qué pichones. Adivino en Zoilo un gran talento de tragedia, será un divino suicida. Acudirá a la pistola, al veneno, o a cualquier cosa, lleva lentes demasiado oscuros para ver la vida... En cambio Lombardo es un formidable soñador. Posee una fantástica capacidad de ensueño. Recuerdo lo que dice Proust, muy bueno para serle aplicado a este niño... «Si se estima que soñar un poco es peligroso, lo que cure no habrá de ser soñar menos, sino soñar más, el pleno ensueño». Exacto y preciso. El doctor Marcel Proust — experto en sensibilidades exaltadas— recetó a este adolescente de Lombardo y le mandó como medicamento una buena temporada «En busca del tiempo perdido». Ahora el muchacho hace de esa horrible, pero inteligente anciana llamada Rosamunda, una diosa magistral y omnipotente... Si lo vieras hablando de ella... Es delicioso contéplarle...

Malva tomaba su baño en calma. Aromas voluptuosos salían en ordenado y matemático vaho. Esencias. Esencias de sexo.

Sandro buscaba a cada instante posiciones más cómo das encima de la silla. Como era tan corpulento y obeso, no podía sentirse cómodo en forma alguna.

— Necesito oír música vulgar, muy vulgar... ¿Cuál guaracha está de moda, Malva? Cuando yo tenga

alma de guaracha seré tan feliz como ese pintor a quien premian todos los años y que se contenta con tomarles respectivos *close ups* a los cerros de la ciudad. Por ahora sufro y me lacero con Debussy...

Prendió el radio y, efectivamente, una guaracha monstruosamente divertida u fantásticamente alegre saltó con los ojos atolondrados.

«Vamos a goza, que yo me quiero divertir y bailar, con su sabroso son...»

— ¡Música vulgar! ¡Necesito música vulgar! Malva tomaba su baño con una voluptuosidad digna de Cleopatra en sus mejores tiempos de seducción.

Capítulo VI

La inauguración de un *dancing* o cabaret, de un sitio de lujo donde las gentes con psicología de armiño se divierten y gozan, es algo tan melancólicamente poroso como la agonía de una ostra sobre el cuerpo indeseable del erizo marino.

Entran parejas recién maquilladas, recién salidas de las fuentes modernas de la juventud siglo XX: muchas huellas de cremas *Ponds* en el rostro, cejas recién depiladas, sombras audaces que cubren las ojeras y disimulan arrugas, discretas manipulaciones de finos polvos para buscar la anhelada tersura del rostro.

Juventud que se va en diez mil tickets de whisky y champaña donde se lee: «Bs. 150,00 —La Casa agradece su gentileza—. Muchas gracias y que se diviertan». Esto es coquetón. Puede que divertido y cómico. Y a la gente le agrada y le entusiasmo parecer cómica y lucir divertida, radiante y como encantadora, así sus pobres almas tengan lágrimas de ataúd y suspiros de cadáver que vaga sobre la blanca gasa del tiempo.

La inauguración de un *dancing* siempre fija un suceso, marca un detalle intensamente trascendental en los serios e intrascendentes sucesos de la cotidiana vida colectiva o privada. Muchas veces los próximos cambios de gabinete se deciden por un whisky de más o un whisky de

menos que ha servido el cantinero. Muchas veces es la sola marca del whisky la que influye.

Cierta vez el señor Canciller estaba dispuesto a concederle lo que le pidiera el poeta N° 35 — de cejas altas y soñolientas, de admirables sonetos—, pero cuando el mozo le sirvió en vez de whisky escocés una dosis hirsuta y despreciable de ron cubano disfrazado de buen whisky, entonces la luz de una verdad semitangente vino a sus oídos de conejo. Las orejas se le iluminaron, retiró la mano que la tenía aprisionada el poeta N° 35 y lo puso de pie para salir a la calle...

Afortunadamente no salió, porque se topó en el camino con el apuesto joven que tocaba el clarinete y se le ocurrió contarle un chiste picaresco que esa tarde le había narrado su querida. Al apuesto joven del clarinete le encantó el chiste. Se echó a reír despampanantemente, con esa risa cascabelera y afortunada, radiante y juvenil que va diciendo en su ja, ja, ja de tren aerodinámico: «Yo soy JOVEN, yo soy JOVEN. Tú eres VIEJO, tú eres VIEJO ».

Otras veces tomaba actitudes de ídolo en la bruma y su sonrisa despertaba un cincuenta por ciento de inquietudes satánicas en el señor Canciller y un veinticinco por ciento de interrogaciones sicalípticas en el cantinero que servía la bebida.

El pobre y trágico poeta N° 35 había visto como su hermoso consulado se había fugado y escapado:

itodo por un mal whisky servido en mala hora! Después de todo, la vida es una gran relatividad un soberbio epigrama, una gran ironía. ¡Bah, hasta una mujer sin importancia podría ser la vida! Nada más.

El señor Canciller llevaba ya hacia un rincón al apuesto joven del clarinete y le inventaba chistes y más chistes que le hicieran reír y languidecer, como un tibio narciso a la orilla del estanque...

Otras veces el destino — con esa feroz ironía que tiene en todos sus actos, puesto que es asiduo lector de Chesterton y Rabelais— hace cornudo a un inocente marido que confiaba en su esposa, y convierte en prostituta a una esposa inocente que no creía nunca llegar a hacer cornudo a su pobre marido.

Es todo muy sencillo, tan simple y libre de preocupaciones... Luce tan natural y espontáneo el momento, tan estelar, tan predestinado, que no podemos culpar a nadie. Ni al esposo m a la mujer. Ni al joven que ha puesto los cuernos, ni a la dama que ha colaborado en la coronación, ni al marido dulce e inocente que se ha dejado coronar.

Hay, además, toda una psicología y teoría del buen cornudo. La Historia Universal del Genio demuestra inexorablemente que la mayoría de los hombres rectos y nobles, así como no rectos y no nobles los cuernos no atienden en nada a nobleza y rectitud—, nacen y viven para tener esposas bellas e

inteligentes que les pondrán cuernos con hombres apolíneos y de indiscutible talento y genialidad. Ved, por ejemplo, estos tres casos ejemplares: Lord Byron, Nelson y Simón Bolívar. Sus hazañas legendarias fueron tan famosas y heroicas como las que realizaban en honorables lechos coronando a honorables y dignos maridos... (Si queréis mayor información podéis repasar el Breviario del Estupendo Cornudo, con prólogo y epílogo del tiran Cornudo de la Orden Celestial, que acaba de ser editado y distribuido en las principales librerías y hogares de la capital.) Pues bien, como decía anteriormente, el desuno ama las ironías: las ironías, recíprocamente, aman al destino con increíble fervor.

La dama llega de visita a casa de una familia amiga o la familia amiga llega de visita a casa de la dama. El marido de la dama ha salido para cumplir con deberes y responsabilidades. La dama está sola, los niños duermen. El matrimonio invita a la dama a que les acompañe a cierto hermoso y lustroso *dancing* de la vida nocturna caraqueña.

La dama —venerable, muy dueña de su hogar, muy cumplidora de sus deberes de esposa— se niega rotundamente. Dice «No, no y no» con vigoroso énfasis. Pero — éste es el primer escalón en la ruta de las concesiones— dice al fin que sí, se coloca la enorme piel sobre los blancos hombros y se van al *dancing*.

¿Qué sucede en el *dancing*? ¿Acaso la dama es violada por feroces traficantes en cuernos? Pues no, ocurre algo muy natural, muy dentro de las fórmulas sociales y burguesas.

Ocurre así: se acerca — elegante y fino, atildado y se ductor— un joven amigo de la familia que ha invitado a la dama, y les saluda con un aire cordialísimo y encantador. La esposa, con esa perspicacia de todas las esposas, juzga que el joven quedaría muy bien como aperitivo y atracción dentro del grupo. Es invitado. Es presentado a la dama. Siéntanse todos. Conversan, charlan.

Hablan del político que se dedicó a la poesía, y del poeta que se dedicó a la política. Charlan acerca de pederastas y prostitutas, acerca de santos y místicos. Leen un poema de San Juan de la Cruz — o del último poeta que ha plagia do a San Juan de la Cruz— y recitan en voz apagada una diabólica invocación de Baudelaire el infinito. (O del último poeta que ha plagiado a Baudelaire y al infinito.)

Todo es variado y divertido. El ambiente es sugerente, un poco melancólico, romántico, con veleidades de agua de coco e irisaciones de mausoleo en la medianoche de abril.

Toca la música. Hay un calcetín de Dalí desmayado sobre la blanca dentadura del piano. Es un *fox* lento. El joven — sin mala intención, con caballerosa inocencia— invita a bailar a la dama. El joven — sin

mala intención, así lo exigen las etiquetas del baile popular— ciñe a la dama, se da cuenta de que su espalda es ancha, fuerte y vigorosa, de que su vientre es tensamente estelar, y de que sus senos apuntan como estalactitas divinas contra su corazón que late y palpita...

Es como una avalancha, como una tormenta, con el zigzag impresionante del rayo que divide en cebras multicolores la entraña del cielo lluvioso... Nada más. Bebidas. Aire. La noche. Poesía del alcohol, lirismo de la música. Un paseo al jardín. Brazos que se rozan y el beso: el inevitable beso. Los labios juveniles muerden la pulpa lasciva que ofrece la mujer. Ella retrocede, al comienzo, se esquivo, trata de huir y burlar el asedio amoroso, pero después cede, paulatinamente cede...

Hay en su desfallecer un lamento de felino que gime a la luna embriagada. Hay en su breve caída el misterio de la estrella que se inclina sobre la enorme noche del mundo.

¿A quién culpar entonces? ¿Acaso al marido, o a la esposa, o al amante? A nadie. Es lo miserablemente humano y desgarradoramente dramático. No podemos culpar a nadie. Sólo la condición humana, la débil humanidad, la desgraciada humanidad podría llevar a costas la cruz de dulces espinas y la torturada corona construida con puro corazón de roble.

No debemos burlarnos de los cornudos — ¡oh sufridos parias del sexo!—, ni tampoco de esas vulgares noches de cabarets con humo y alcohol, besos y abrazos, en que esposas amantísimas hacen cornudos a sus maridos, y jóvenes aún puros comienzan a ser triturados por las verdes encías de la triste urraca que los acecha en cada esquina y los asesina en cada pañuelo que los amantes sacan para la despedida...

La inauguración de un *dancing* o cabaret, de un sitio de lujo donde las gentes gozan lujosamente, es ameno espectáculo, divertido caleidoscopio de pasiones, sutil exposición de contradictorios sentimientos y ofuscados instintos... Ved al elegante y armonioso Vivián como se mueve entre las mesas, con una sonrisa de triunfo, una palabra despectiva en sus labios y una enorme seguridad en sus gestos y acciones... Nadie diría que hace pocas horas sufría y se atormentaba en la soledad de su apartamento. Nadie diría que la voz latigueante de Abigaíl, el divino neurótico, le impidió seguir degollando estrellas y trajo nuevamente a su espíritu la paz y la bondad, la dulce y amada serenidad.

Con qué desparpajo camina, se inclina ante el Canciller, fraterniza con el reportero, hace un cordial saludo al poeta N° 15 y coloca graciosamente su mano sobre la mano extendida del poeta N° 35... Ved a Vivián itriunfador de la vida, rey de la vida por sólo unos minutos elegiacos en la inauguración

de un cabaret que tiene nombre de poema... o de poemario! Vedle bien, vedle bien...

Y así todos, alegremente, desenfrenadamente, todos los que llevan el signo de la guadaña tallado en el pecho, todos los que se saben desposados con la magia inconmensurable de la eternidad... El sombrío Abigaíl, que odia a los burgueses, y se muestra sádico con los negros que aman a los perros y con los perros que aman a los negros. Igualmente el trágico, presunto y predestinado suicida de Zoilo, que angelicalmente llega con la insípida prostituta de Verónica colgada de un brazo; les acompaña el maravilloso adolescente, Lombardo, el soñador que no sueña, el soñador que trata de fracturar sus sueños realizándolos pero no dejándolos de soñar...

Y ya llegarán otros... Todos. Todos llegarán. La cita es infernal. Cortad un pellejito de la nariz de Marietta y tendréis la contraseña... ¿No sabes quién es Marietta? ¡Oh! pues, Marietta — consonante de teta- es la alambicada y fascinante alcahueta que vende preservativos con líricas decoraciones en el salón de la turca Mamá Inés... Sí señor: hermosos, bellos, poéticos preservativos con líricas decoraciones... ¿Hasta cuándo el amor será prosaico?... Han adivinado ustedes — icreo que sí!— que fornicar es el verbo más lujuriosamente estético, más estéticamente lujurioso, que haya podido concebir la humanidad. Cuando los labios del hombre aprenden a pronunciar ese nombre con todo el énfasis apocalíptico de lo eterno, es porque

ya la hembra no tiene para ellos ningún secreto: ya se ha dado toda, entera, divinamente integral, ya la comunión del óvulo y el espermatozoide ha creado mil constelaciones en la magia azul del coito...

Las luces se prenden. Luego se apagan. La música comienza a sonar. Dejadme oír la música vulgar. Hoy inauguran un *dancing*. Un sitio de lujo. Un hermoso cabaret. Tiene nombre de poema... o de poemario. Se llama: «La Piedra y la Estrella»...

Olímpica, signada por vaivenes de ola y oleadas de vaivén, fue la entrada de Malva y su acompañante Sandro, al local. Un mozo muy ceremonioso les atendió. La gorda figura de Sandro se movía pesadamente entre las mesas. Iba con una sombra de cansancio sobre las espaldas, casi a punto de irse de bruces. Malva le seguía con su acostumbrada elegancia para caminar. Había tomado un baño delicioso y sentíase dispuesta a pasar una noche igualmente deliciosa.

Tenía que barajar con habilidad sus cartas. Afortunadamente su olfato nunca la había traicionado en punto a localizar el individuo que mejor podía servirle para sus inclinaciones. Tomaron asiento. Pidieron cognac. Bebieron. Dieron un vistazo a la sala.

Divisaron en una mesa a Vivián y a Abigaíl. Sandro les saludó afablemente, con descuidado entusiasmo. Malva captó el saludo, pero no se volvió hacia ellos y siguió tomando pausadamente y dando miradas a la sala.

Algunas parejas ya bailaban. Había una atmósfera de expectativa, de ardiente expectativa. Todavía la música no había emborrachado a los hombres y todavía el licor no había puesto en los labios de las mujeres ese desvaído gesto de entrega que nos hace soñar en alcobas iluminadas por lirios.

—Simpático el sitio, ¿no es cierto?

— Sí. Positivamente simpático. Lo que me admiraría bastante es que dentro de un mes siga siendo simpático. Soy un poco veterana en esto de los *dancings*. Como dice Zoilo, tengo mis falderillos clasificados en forma de abecedarios, y mi vida diurna y nocturna es distraída y amena... No tiene nada de sombría... ¿Sabes que Zoilo te ha clasificado como e! falderillo «C»?

Sandro comenzó a fumar. Luego, distraídamente, replicó con una dulce y huida entonación:

— Ese muchacho tiene un aire trágico en el rostro. Despierta mi compasión. Me parece ver detrás de él un espectro que le persigue y le grita: *isuicídате, suicídате!*

Malva no pudo contener la carcajada y se dio a reír con plenitud de acordeón, Sandro no había querido ser cómico sino que su aspecto, su chata nariz, sus labios gruesos, su áspera obesidad le hacían inconscientemente cómico y grotesco, bufonesco y poseído del aserrín de los payasos. Era como el distinguido diputado Voz Acalorada, que en sus intervenciones procuraba ser metafórico y sangrante y llegaba apenas a las galerías del ridículo y a los bajos fondos de la mala pantomima.

Haciendo poco caso de la risa de la mujer, el hombre siguió hablando, hablando... Hasta que en el ambiente estalló un desfile de imágenes en technicolor. Todo se hizo vaporoso. Todo se disfrazó con la sensual ansiedad de una página lawrenciana y el residuo de serenidad que todavía quedaba en el cabaret se deshizo ante la furia desatada, epiléptica y graciosa del clarinete que el apuesto joven tocaba con un femenino y narcisista desenfado.

Aquello era un pandemónium. Las luces se apagaban y prendían. Nadie sabía la hora. Al que se le ocurriera preguntar la hora le enviarían a descifrar lascivias en los ojos desorbitados del Canciller, que había vuelto en busca de la cálida mano del poeta N° 35.

En tanto, Abigaíl y Vivián hablaban con un ingenio agudo y especial. La voz de Abigaíl retumbaba por encima del ruido de las trompetas. Narraba obscenidades, hechos vulgares e indecentes, y

parecía que estuviera musitando galanterías al oído de una virgen.

Vivián le escuchaba reclinado en una silla, con una son risa ligeramente burlona en el rostro, sin una huella de sufrimiento ni agonía en su mirada. Era un Cristo con miradas de arroyuelo. Las manos de Abigaíl accionaban delirantemente. Parecía un gran director de la gran orquesta de la humanidad donde sólo los violines osan desafinar.

Hablaban. Hablaban con entusiasmo de cuervos y voluptuosidades de búhos que envían veredictos a la eternidad. Malva había salido a bailar con Sandro. Hacía un rato ya que había divisado al locutor que el otro día la besara en Bahía Grande; pero lo detestaba, eran tan fríos sus besos, tan inconsciente su afirmación sexual... Era de esa clase de hombres que no saben rubricar la firma de su sexo y dejan una ambigua estela en el ánimo de la mujer con quien se han acostado.

Malva le hizo una ligera mueca y siguió en los brazos de Sandro. Como un refinado renacuajo se movía Sandro en su poca apolínea obesidad. Contemplaba de vez en cuando el bello rostro del apuesto joven del clarinete y sonreía. Tenía pupila acertada el Canciller. Siguieron bailando.

La música se hacía más y más inquietante en cuanto avanzaban las horas. Sandro se había ido a la mesa del Canciller y disputaba a éste la conversación con el poeta N° 35. Éste sonreía y sentíase halagado de que así le hicieran caso. Bebía con exquisita fruición un vaso de cocktail.

Los labios de Malva ya habían sido mordidos por el locutor que la pudo llevar al jardín y recordarle sus promesas de Bahía Grande. La mujer tenía la predisposición de rechazarle, pero luego cedió, y nuevamente volvió a hacerse fuerte cuando los besos del locutor la dejaron helada, sin fuego alguno en la sangre. Murmuró una excusa y volvió a la mesa; en ese mismo instante entraba el falderillo «B» y corría a saludarla. Con un poco de ironía ella le preguntó por la salud de su hijito que tenía sarampión. El falderillo «B» respondió entusiasmado que en el mundo sólo amaba a dos seres; a Malva y a su hijo...

— Pero primero a ti, mi amor...

— «Falderillo “B” mueve la cola... Falderillo “C” deja a un lado tu pederastia...».

Así estuvo a punto de gritar Malva Se dejó llevar por los brazos del hombre hacia el centro de la pista. Sintió una mirada en su espalda y se dio vuelta: eran los ojos tristes de Lombardo que la miraban. Estaba acompañado por Verónica y Zoilo. Luego se les unieron en la misma mesa Abigaíl y Vivían.

Bebían locamente. Hablaban con un desenfreno y una alegría especial. Malva quiso dejar al falderillo «B» clavado en el centro de la pista, pero tuvo que contenerse... El grupo la atraía... Era su grupo, todos corrompidos, todos impuros y malditos, todos en pos de la muerte final, todos con ansias de infinito como ella. Todos... Vivián y Abigaíl, Zoilo y Verónica, el mismo Lombardo, con su láctea y radiante adolescencia...

Lombardo se había embriagado. Los labios — los bellos labios— lucían rojos como fresas al sol. Los negros ojos estaban húmedos, desvaídamente tristes, como heridos por centellas de amor y en sus cejas, en el movimiento de sus cejas se traslucía una terrible, cósmica inquietud de amaneceres y crepúsculos, de albas y medianoches...

Tambaleándose un poco se pudo poner de pie y miró a todos los que se hallaban junto a él. Detuvo sus ojos en la rubia Verónica — ¡oh, pobre mujer, era sólo un enigma sin esfinge!— y los pasó luego velozmente por el trágico rostro de Zoilo, la burlona mirada de Vivián, la feroz mueca de Abigaíl, hasta que ella se perdió en el vacío de las luces...

Comenzó a hablar. Su voz era musical, hermosa, profunda...

—Debería comenzar con un poema... pero no soy poeta, los poetas tienen una dimensión de menos. Este *dancing* es magistral, reconozcan ustedes que es magistral... Y yo, lógicamente, soy magistral también... (Me agrada este epigrama)... Aseguro que la otra luna de Lombardo es aquel adolescente con actitud de viejo verde que está sentado en la mesa de enfrente. ¿No lo conocen? ¿Cómo es posible? Se trata nada menos que del genial Andrés Mariño: ha convertido su adolescencia en mito y su mito en adolescencia... Pero es un miserable, un cancerbero azul... Me odia, me detesta, a mí, a Lombardo, porque para mí vivir es delirar... Mientras que él, hierático, sagaz, insultante, lee a Aldous Huxley y se siente demasiado maduro entre los adolescentes y demasiado adolescente entre los hombres maduros... La tragedia de Andrés Mariño es muy sencilla... Quiero sintetizarla... (Por favor Vivián, no me mires con esos ojos tan golosos.) Su tragedia consiste, simplemente, en que trata de actuar como Dorian Gray y escribir como Raskolnikov... ¡Detestable menú! ¿No les parece? Los únicos genios...

Con voz gruesa y definitiva intervino Abigaíl.

— Detente niño, vas desbocado. Oye esta máxima, óyela, y después que salgas del cabaret querido Lombardo, medítala: ser genial es ser original, pero ser original no es ser genial...

— ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Estupenda fórmula. Buena como para colocársela de sinapismo al pedante e insultante de Andrés Mariño — gritó Zoilo.

— ¡Oh, no le digan insultante a ese pobre muchacho! En realidad es un ser que sufre y padece como padecen y sufren todos los seres humanos (la voz de Vivián estaba poseída de cristalina dulzura). Sé que busca un semejante, nada más que un semejante, en el cual reclinar su frente cansada de tanto luchar contra lo inexorable. Lo inexorable para él es el arte, la perennidad del arte, la ambición de la belleza tanto en la vida como en la creación estética...

Verónica no hablaba. No decía nada. Escuchaba a todos hablar. Y cuando decían «Andrés Mariño», o «Lombardo», o «El Canciller», giraba los ojos hacia el sitio donde bebía el mencionado y reía mostrando su preciosa dentadura de yegua bien alimentada y bien poseída. Era, como pensara Lombardo, un enigma sin esfinge. Rubia, de labios gruesos y sensuales, bien nutrida, con una barbilla deliciosamente partida y unos ojos acaramelados, su actitud siempre era la de un enigma que había perdido la esfinge en el agua del pasado...

De pronto Lombardo revivía de su borrachera y sentíase embarcado en un automóvil. Todavía la música le zumbaba en los oídos; había hablado de muchas cosas, debidas e indebidas... Iba en la parte

atrás del automóvil. Segura mente le llevaban hacia su hogar. Movi6 una mano y sintió un muslo de mujer. Era Malva que le acompañaba. Hacia otro lado estaba Ver6nica abrazada al cuerpo de Zoilo. Éste se inclinaba frecuentemente hacia ella y le daba breves besos en la barbilla. Se peg6 m6s hacia el cuerpo de Malva. Ésta lo mir6 y le sonri6 melosamente. Adelante manejaba Vivi6n, a su lado Abigaíl, con una mueca en el rostro.

El muslo de la mujer se insinuaba deliciosamente sobre la pierna izquierda de Lombardo. Extendió la mano y la coloc6 sobre el vientre de Malva. La mujer tuvo un estremecimiento vegetal y dej6 caer la cabeza hacia el asiento del automóvil. Lombardo comprendió que le ofrecía el beso, titube6 un poco, tuvo miedo del lagrimeante contacto, pero algo en su ansiedad vital era m6s firme y poderoso y se fue sobre ella...

Bes6 los labios con pasi6n de contenido, los bes6 m6s y m6s; de pronto hubo un frenesí en el cuerpo de la mujer, un estremecimiento de floresta, y le apret6 por el cuello, y esta vez sus labios succionaban con una fuerza increíble, luego sintió la lengua de ella que ávidamente humedecía y hacía cruel e intensamente lascivo el molde pl6stico y bello del beso... Se dej6 caer a un lado mientras el auto corría. Hacía frío. Los ojos de Malva guardaban la promesa de cien fornicaciones. Así lo comprendió Lombardo.

Capítulo VII

Los autobuses comenzaban a traficar por las calles con su vago escepticismo de ancianos cansados. Crujían los armatostes y las ruedas sollozaban como mendigos al tropezar con la rugosidad de los baches.

Amanecía con las campanadas que llegaban de la iglesia. Un hombre alto, de perfil curvo y cejas encapotadas, caminaba lentamente hacia la misa de seis. Todos estos ruidos se comprimían y condensaban, se amalgamaban en uno solo, y llegaban nítidamente a la habitación de Lombardo. Estaba completamente a oscuras. Como postrado en un inmenso catafalco de humo. La luna del espejo apenas hacía esfuerzos por recoger el inefable brillo del sol que sentía arder en las afueras.

El adolescente dio unas vueltas en la cama y entreabrió los labios como si fuera a sonreír. Tenía el dulce aspecto de una sirena varada sobre una roja boya en alta mar. Volvía a sonreír, y su sonrisa tenía la frialdad de aquel que se ha acostado a dormir ahído de placer, intoxicado de goces perversos, y de succulentas y apetecidas sensaciones. El placer, a veces, tiene líricas bajezas, brillantes abismos, para aquellos que aún no se han acostumbrado a morar en sus sótanos.

Así le ocurría a Lombardo con los besos, abrazos y caricias que le había propinado Malva la noche anterior. Por otra parte, había bebido licor con una

ansiedad terrible. El vino se le había convertido en un maligno duendecillo que estimulaba el vigor irónico de su lengua. Sabía que había hablado demasiado, que había sentido demasiado, que había dejado que su exaltación le llevara en la góndola del ensueño hasta más allá de la misma realidad...

La boca amarga, los ojos irritados, un desasosiego increíble, una plena conciencia de que había sido enlodado, un afán de purificación: todas estas ideas, todos estos sentimientos y sensaciones se mezclaban vertiginosamente en la coctelera de su personalidad, mientras amanecía, mientras el sol tocaba su ventana, mientras en las calles los hombres y mujeres echaban sobre sus hombros los segundos y minutos, las horas y medias horas, que harían caer, con torpeza de ahorcado, una hoja más del calendario, una hoja más entre las muchas hojas que debían caer para que el Tiempo avanzara un paso más en su irritante ruta de dolores y placeres.

Quería levantarse, marchar en busca de la pureza, quitarse de encima del cuerpo todas las huellas de la noche anterior. Fue en realidad una noche impúdica, una noche pagana, lasciva, llena de bajezas y corrupciones. Confesaba Lombardo, interiormente, el aspecto grato que le había impresionado; los besos audaces de Malva, los roces de sus muslos y caderas, pero esto no podía ser todo, esto no podía contentar sus ansias de vida, ni nutrir sus ambiciones, ni satisfacer el avasallante instinto de hacer y deshacer que era la base sólida e

inmanente de sus más fantásticos ensueños y soñadas fantasías.

Su cuerpo adolescente vivía dentro de la pijama azul que le cubría el cuerpo. ¿Cómo había llegado a la casa? ¿Habrían sentido sus padres la atropellada entrada que seguramente habría hecho? ¡Oh, todas estas pequeñas impertinencias, todas estas breves imbecilidades de la vida cotidiana! Las odiaba y detestaba, le producían náuseas, pero no podía apartarlas ni quitarlas de su ruta terrestre. Sabía que había dos rutas más: la ruta del demoníaco, del trágico, del que rompe con todos los prejuicios burgueses y se enfrenta a la auténtica y dramática realidad de la vida, y la ruta del falso, del que se entrega y anula lo mejor de su vitalidad en busca de vagos y falsos trofeos que algún día le entregarían la hipocresía humana y la bajeza de los hombres.

Lombardo no podía, sin embargo, adoptar ninguna de las dos actitudes. Estaba más cerca de la vía dramática, es cierto, que de la vía hipócrita y entreguista, baja e ignominiosa, pero no se atrevía a caer en ella directamente. Aún quería poseer una base sólida, un sitio seguro, un nido caliente y tibio, en el cual buscar refugio, como ahora lo hacía, después de haberse hundido por unas horas en el lodo de la perversidad y de lo horrendamente putrefacto de la vida.

Amaba la fidelidad, el cariño que su madre guardaba para él: el bello adolescente, el hijo

perfecto y entrañable. Por eso era un impetuoso que poseía un débil corazón. Poseía un enorme talón de Aquiles en el centro del pecho, y aunque tenía un ochenta por ciento de brillantes condiciones para cabalgar sobre el potro de la vida, se contentaba con vegetar y observar, con mantenerse siempre al margen de la humana marea, pues temía que ésta le arrastrara tanto que no pudiera retornar una vez más a la cómoda tranquilidad de su dormitorio, a las adorables caricias de su amada madre, cuando así lo quisiera y deseara.

Concluyó de levantarse y abrió la ventana. El sol, con una furia de sátiro contenido, rasgó la virginidad de la habitación y un rayo opulento de alegría fecundó el abierto vientre del espejo. Lombardo se miró en él y meditó en lo bello de su rostro. Ciertamente, era bello, pero quería buscar una inmoderada perfección en su rostro apolíneo. Y esto era peligroso, podía hacerle caer en inútiles contemplaciones y sustraerle de la verdadera belleza que se basa en lo armónicamente imperfecto.

Reconocía que poseía un rostro frescamente conformado, con suave cutis, hermosas pupilas, siempre húmedas y brillantes... Y además había incorporado un algo inmaterial, un halo indefinible de maravillosa juventud, de exquisita adolescencia, que matizaba sonoramente su voz, hacía radiantes sus gestos y poses, como si un oculto y enamorado sol dirigiera perennemente sobre él sus delicados rayos.

No era narcisista. O si lo era, la culpa no la tenía él. Recordaba que cierta vez, Verónica le había insinuado que era demasiado buenmozo para andar siempre con gente fea y descuidada y entonces él respondió, entornando lánguida mente las bellas pupilas: «Yo reflejo mi belleza en la exquisita fealdad, de mis amigos». Esto no pasó de ser una frase en labios de Lombardo, pero luego la siguió repitiendo, y alguna vez tuvo oportunidad de decírsela a Vivián.

Este con una admirable comprensión expuso una graciosa y elegante teoría que era a la vez sutil defensa del narcisismo. Y tenía razón Vivián en algunos puntos, o en casi todos ellos. Pensaba, justamente, que el narcisismo no es en realidad de los seres bellos, sino de la humanidad grotesca que exalta esa hermosura oponiendo como contraste su corrosiva fealdad. Nadie sabe que ha nacido bello, hasta que algún feo se lo dice, o se sitúa a su lado para que lo descubra. El narcisismo de los feos, en auténtica verdad, consiste en descubrir y en exaltar la hermosura de los seres bellos a través de su propia fealdad.

Lombardo comenzó a desnudarse para ir a tomar un baño. Sentíase vulgarmente cansado. Le dolían las espaldas y cuando hacía algún movimiento, la cintura experimentaba breves alfilerazos como fantasmagóricas heridas que le propinara el alba...

Después de haberse desayunado con varios jugos que le prepararon, intuyó rotundamente la inquietud de pureza que le acosara mientras trataba de levantarse y ordenar su personalidad. Todas sus ansias de pureza, toda su preocupación de gaviota podía resumirse en una sola fragancia, en un breve ramalazo de pasión: Rosamunda.

Sí, ver a Rosamunda, tenerla cercana, sentirla presente — aunque lejana— y poder recibir la onda de infinita ternura que manaba perennemente de su cuerpo para envolverle y seducirle. Rosamunda quería decir pureza: pureza quería decir Rosamunda. ¡Por qué no cortar magnolias pálidas cerca del riachuelo para llevarlas a ella, la bien amada! Sí, buscar con ansiedad la música divina, el tono maravilloso que de ella surgía a cada choque con la vida, a cada roce inconsciente con las asperezas de la existencia cotidiana y prosaicamente material.

Salió con un traje gris perla, finamente cortado. Eligió una corbata negra, de puntitos blancos, entre las muchas que tenía y que le fascinaban con sus delicados tonos. La corbata era un signo de poesía y belleza, de magia y de lirismo, entre las prendas de su vestuario.

La calle le asombró con lo raro de la gente que moviase por las aceras. Caso extraño, hoy la humanidad lucía más vieja y cansada que nunca. Todo el mundo tenía el rostro arrugado. Aquellas

niñas que se dirigían a la escuela tenían en los hombros un cansancio de octogenarios. Raro caso. Singular estampa. Todo el mundo parecía haber descubierto de pronto que el hombre es miserable, que la humanidad está destinada a sufrir y a padecer para continuar siendo humanidad.

¿Y por qué no escoger la filosofía del pájaro que se intoxica de estrellas y fornicación con la blanda entraña de las frutas? ¿O por qué no tener vocación de gaviota para edificar rascacielos de espuma sobre las olas del mar? Lombardo sintió deseos de ver su rostro en un espejo. ¿Y si él también había envejecido al salir a la calle? No, no podía ser. Esto solamente le ocurría a los que no tienen fe en la juventud, y no aman tampoco la belleza y el placer. Él amaba todo: todo lo que latía y palpitaba, todo lo que quería decir vida y amor. Sí, lo amaba, aunque a veces fuera sombrío e impetuoso, negativo y destructor...

A los pocos minutos de estar caminando dejó de interesarle el aspecto de las gentes. No sabía por qué razón se había fijado hoy en ellos. Nunca detenía su brillante y húmeda mirada en los rostros vulgares. Siempre esperaba que le con templaran a él: bien por su juventud, por el traje bien cortado, por su cabellera, o por la atlética forma que tenía al mover las piernas y desplazar el torso.

Ya divisaba la casa de Rosamunda. Era una quinta bien situada. Poéticamente situada. Poéticamente

construida. Sólo una casa como ésta podía albergar el espíritu de Rosamunda y contener la envoltura terrena de su alma.

Y aquella tarde nebulosa, aquella tarde diluida en el Tiempo, aquella tarde que había signado su destino, en que ambos se comprendieron e hicieron pacto de amor sin palabras, y juraron amarse hasta el fin de la vida sin una sola caricia carnal ni un solo beso, y sus dos corazones se unieron y fundieron sin necesidad de odiarse luego en los estertores de la fornicación. Fue poético, musical, admirable. Una embriaguez de alma le seducía, le envolvía otra vez, al entrar al jardín y sentir el mensaje de la mujer que le llegaba como un sostén y una ayuda más para marchar con el pecho expandido al encuentro de la vida que está disfrazada de dragón.

Le atendió la mucama. Reconoció su rostro, y hasta le pareció más radiante y juvenil que la vez anterior.

— Oh sí, cómo no, pase y siéntese señor Lombardo...

Las mujeres. Todas caracolean. Todas poseen una clarividencia para insinuar el lecho y dibujar la imagen fálica en el aire, así uno piense en santidades. Pero estas son meditaciones intelectuales desprovistas de humanidad. ¿Qué te ocurre, qué me ocurre? ¿Acaso titubeo y dudo de mi amor ahora que se aproxima el momento de purificarme con la voz y la presencia de Rosamunda? ¿Olvidaré los besos de Malva o trataré

de encontrar sus caricias en cada una de las palabras que Rosamunda me diga? ¡Sería una blasfemia! Antes me extraería el corazón y lo colgaría en una higuera.

Uno de los hijos de Rosamunda pasó corriendo por la sala. Tenía la serena mirada de la madre, la apagada ansiedad de sus labios. ¿Y todos estos elementos — serena mi rada, franca dulzura, apagada ansiedad- no eran turbios y delirantes elementos del sexo? ¿No servían ellos para que un hombre y una mujer se acostaran juntos y buscaran llegar al cielo, conquistar la eternidad, la propia divinidad, con el goce de la carne?

Otra vez blasfemaba. Otra vez atentaba contra lo que debería ser sagrado en su vida. ¿Cómo construir un Cristo, una imagen pura, que tenga actitudes de rosa y formas de mujer, pero al cual nunca lleguemos a paganizar ni a sensualizar? Todo es sensual, todo es pagano. Hasta el propio Jesús.

¿No adivinan ustedes en Jesús el afán de caricias, su sed de ternuras, su conciencia masoquista del dolor, sus relieves homosexuales? ¿Quién nos asegura que no hubo en su amor por Judas la raíz dislocada del amante que todo lo sacrifica al objeto de su amor? Ved luego cómo Oscar Wilde destruye su vida, aniquila su vida, ¡cual un Cristo redivivo!; por el solo amor humano. El amor humano, ese que sentimos ante los ojos vidriosos, que miran el más

allá, de la prostituta postrada en su camastro, pronta a damos el placer.

¡La mayor santidad del mundo reside en el pubis de la prostituta — oh insomne mal amada— que ha sofocado el ansia de ternuras y caricias de todos los parias que van por el mundo buscando un crucifijo en el cual depositar la fe que los aniquila!

Ha entrado Rosamunda. El adolescente ha caminado hacia ella con un leve temblor en el corazón. La mujer es alta, firme, blanca, con unos ojos tristes, poseídos de una viva luz de inteligencia y bondad a la cual se acerca el muchacho con juvenil avidez. Ella le toma la mano y la cubre luego entre las dos suyas. El adolescente siente que su corazón ya no le pertenece. Ella ha vuelto a poseerlo. Es lírica y poética la escena. Hay aromas de lirio en la habitación, quizás emociones de nardo, o confusiones de girasol que pugna por no sonrojarse ante la plenitud del sol.

Ella Je lleva suavemente hacia el jardín. Y juntos, juntos ambos, marchan caminando, lentamente con una calma agraria, una tierna paz que hace conmover el rictus de amar gura del mendigo y la horrible mueca del ladrón a quien han sorprendido mutilando claveles en un jardín vecino.

La mañana tiene la belleza del mar en sosiego. Podría jurarse que hay sombras de balandras que viajan en el corazón de las altas, blancas nubes.

— ¿Has leído mucho en estos días, Lombardo?

La voz es tan dulce, tiene tanta bondad, mágica armonía, que el adolescente espera largos minutos para poder responder. Rosamunda adivina su turbación y con sus dedos le aprieta tiernamente la muñeca.

— Leo, sí, leo un poco. Shakespeare. El amable cisne. El dulce cisne que nos da su fórmula de vida enseñándonos a soñar. ¿Recuerdas La tempestad? No sé si algún día pueda yo llegar a crear. Quisiera, tengo deseos, pero me falta esa afirmación, esa desnuda impertinencia para colocarle en las fauces ávidas a la humanidad el precio y dolor de mis vigiliass, de mis angustias de hombre y artista.

— ¿Y para qué quieres tú crear? Tu arte está en tu vida. Con sólo vivir alientas tu obra. Sólo te falta pasar esta etapa, Lombardo, y como has amado tu adolescencia tan vehementemente, cuando ella se te revele en forma de amor y placer, podrás crear, a plena satisfacción, sin preocupación alguna. A la orilla del mar. Con muchas nubes, decapitando olas y haciendo suicidar ecos en el vientre de la inmensidad...

— Hablas tan bello.

—Eres tan bello. Tan joven e ingenuo: tan adolescente... La mañana tenía la belleza de un

durazno al sol. (Aseguro que en las pupilas de Rosamunda combatían mil doncellas para conquistar un loto que navegaba en los ojos de Lombardo. Ninguna triunfó.)

Hermosa la mañana. Desnuda la ansiedad. Quizás luego la tormenta, el bostezo azul de la guadaña, impediría el coloquio de los amantes. Pero ya nada importaría. La vida es eso: lucha contra lo inexorable, placer que se conquista a través de la angustia y la ansiedad, en la torpe y ruda agonía del futuro.

Ya la negra sombra se había posado en el alma de Lombardo. Juntos retomaban a la casa. Uno de los niños de Rosamunda se había ido de bruces y su pequeña boca san graba. Lombardo sintió deseos de besar los labios del niño y robar la dulce sangre que huía.

Ella se atormentó, unas lágrimas vinieron a sus ojos y llevó el niño hacia un diván para curarle. Lombardo se quedó impávido, un poco frío; con la negra sombra, como una prostituta tenaz, arrastrándole, arrastrándole, cual un ancla ineluctable, hacia la penumbra del hastío. Si, era hastío, un mal sabor en la boca. Un disgusto de locura e insipidez, como neurastenia. ¿Spleen? Quizás.

Se despidió de Rosamunda y salió a la calle. Se fue caminando sin pensar en nada más que en su

hastío, en su amor, en su angustia, en su inquietud, en la negra sombra que se reía con risa desdentada y fofa en el fondo de su alma.

Pasó la mayor parte de las horas del día con una penumbrosa ansiedad oprimiéndole el espíritu e impidiéndole reír y pensar con exactitud sobre las cosas humanas. Era como un alucinado a quien hubieran vendado los ojos y puesto a marchar en una céntrica avenida. Tropezaba a sabiendas con todos los obstáculos que encontraba en el camino. Y ¿para qué disculparse? ¿No es la vida tan leve, no es todo gaseoso y diluido?

En la tarde volvió a salir de su casa. Su madre, un poco extrañada, ya que siempre acostumbraba pasar las tardes con ella escuchando música en su gabinete, le interrogó acerca de su salud, y tuvo que inventar un compromiso. Quería, sin embargo, averiguar si los hombres que con él habían estado la noche anterior en la inauguración del cabaret experimentaban este mismo desagrado, esta misma obnubilación de todos los sentidos, y este matemático y reflexivo odio hacia la vida.

Su rostro era una fea máscara de inquietud — como las caras de los seres que había encontrado en la mañana— y sentíase tan viejo que simuló una caída de sus esbeltos hombros. Llegó a la redacción del diario y preguntó por Abigaíl.

Un negro de ojos lagañosos, sorprendido cuando acariciaba el cuello de un perro fornido, dio un gran salto, como si fuera a huir, pero luego se tranquilizó girando sus pupilas de un lado a otro de las órbitas e indagó con el columnista el paradero de Abigaíl.

El columnista se carcajeó, abrió los brazos como si fuera a lanzarse al agua y le gritó a Lombardo que esperaba junto a la puerta:

— ¡Está borracho, borrachísimo, como de costumbre!

Se despidió con una mueca y tomó un automóvil para ir a buscar a Zoilo. Pero de repente se imaginó que éste se encontraría seguramente en la casa de Verónica. Había olvidado la dirección de la mujer. Buscó en sus bolsillos y al fin la encontró. Estaba anotada en una envoltura de preservativos. Sonrió desdeñosamente y dio la seña al chofer. Llegaron. Comenzó a tocar la puerta. Nadie abría. Tocó después el timbre largamente. Nadie respondía. Pensó un rato en cuál sería el posible paradero de Zoilo. Recapacitando, volvió a reír. Era imposible que le abrieran. Si todavía estaban juntos no le abrirían.

Regresó en el automóvil hacia el centro de la capital. Pagó y comenzó a dar una vuelta por los bulevares. De pronto la onda que esa mañana había comenzado a nacer en él, se desarrolló intensamente, cobró rotunda corporeidad, le

presionaba a algo, le incitaba fríamente a hacer algo. No era Rosamunda quien le hacía falta — en realidad— en forma definitiva y total. Era algo más simbólicamente substancial, algo que desde su niñez le había ayudado a no sentir miedo en las noches. Algo que estaba unido a las caricias de su madre, así como las caricias de su madre estaban unidas a lo eterno y substancialmente simbólico. Era fe, amor, divinidad, lo que torturaba su imaginación, lo que torturaba su ansiedad.

Una iglesia, un sitio de pureza y recogimiento, con suaves olores y mágicas reminiscencias. Un templo bendito en el cual arrodillarse en busca de paz y calmar por un instante el conflictivo choque de sus ideas. Nada más. Sólo eso: esa fe sencilla y campesina de creer, de tener fe sin mayores aspavientos y no desdeñar lo incognoscible con falsos y superficiales conocimientos que en la hora crucial de la eternidad serán llevados como hojas en el viento por El Máximo ídolo.

En sus labios había la febrilidad del beso que deseaba colocar encima del crucifijo. En su corazón la desbocada ternura del náufrago que al fin encuentra la tierra prometida y la toma a puñados y la lanza al cielo como tributo específico en aras de la divinidad...

Arrodillado, inclinada la cabeza, comenzó a rezar. Y al moverse sus labios, pensaba en Rosamunda, sus oraciones eran a Rosamunda, porque ella, la fuente

insomne de lo puro e inmanente de su vida, había canalizado sus fuerzas desbocadas hacia este instante de plenitud, hacia este encuentro consigo mismo en el claroscuro del atardecer.

Esa noche. Lombardo y Zoilo se encontraron por mera casualidad: ninguno de los dos había soñado con el encuentro. Caminaron por las calles, sin hablar, con un gran silencio, pesado y majestuoso, entre los dos. En la frente de Zoilo había el signo fatal de algo que le acosaría y sepultaría muy pronto.

Mientras que el rostro de Lombardo había recuperado su natural lozanía de siempre, el de Zoilo mantenía una hierática actitud de mártir, como si gigantescas hormigas le estuvieran torturando el sexo.

Se detuvieron en las cercanías de un barrio proletario. Los ojos de Zoilo vagaban por los arrecifes de la noche. Soñaba con el mar. Y sus pupilas veían el mar en todas partes. Hasta en los besos de una mujer. Esa tarde, como lo previera Lombardo, había estado con Verónica, la rubia mujer, fría y lejana, somnolienta como un ídolo de las estepas. La había poseído, claro está, y luego la tristeza se había agigantado, había crecido, y lo guiaba hacia el horrible abismo de la muerte.

— Esto es desalentador —murmuró Zoilo en voz baja y vibrante—. Quisiera concluir pronto esta

larga agonía. Todos leen la tragedia en mis ojos, todos la aperciben en mis gestos, y nunca ocurre. ¡Oh, qué terrible sería que llegara a la senectud y no muriera joven como lo aspiro y deseo! ¡Morir joven, bello y fuerte: ésa es mi suprema aspiración! Tú no, mi querido Lombardo, tú amas la vida burguesamente, estás atado a la vida convencional de tus almohadillados instintos. Nunca poseerás ese sangrante aliento de tragedia que me lleva hacia la muerte. Quiero que mi cadáver sea el más bello que ojos humanos lleguen a contemplar. Sí, el más bello y fascinante. Siempre he visto la muerte como algo hermoso. En mi testamento te dejaré mi fórmula para seducir mujeres casadas y un perfume muy especial que fabrican para mi uso personal las prostitutas de Bahía Grande... ¡Morir! Morir pronto y que los delfines organicen mi cortejo triunfal. Estoy seguro de que mi ataúd será construido con algas, y de que una ballena llorará intensamente cuando el hermoso pulpo — ¡oh pulpo de mirada de seda!— tome mi cadáver entre sus delicados tentáculos y lo sepulte en la entraña del mar...

Había una lágrima, unas ansias incontenibles de llorar en los ojos de Zoilo, cuando esa noche se despidió de Lombardo para ir a soñar en la muerte y morir en el sueño que el alba baña en la espuma del dulce amanecer.

Capítulo VIII

Le dolía un poco la cabeza. En el cuarto de los recién casa dos sonaba inevitablemente el programa matutino donde tocaban tres guarachas y dos boleros, mientras un locutor enronquecido le recomendaba al radiooyente el uso de la pasta dentífrica Buen Hedor para la limpieza de las encías y muelas estupendamente podridas y líricamente careadas. ¡Qué fastidio! Abigail pasó la mano por su frente. Si el dolor tomara formas de cuervo o de ratón o de araña, él podría aprisionarlo con sus manos y triturarlo con los dientes, y si es posible deglutirlo y digerirlo y botarlo luego al mundo en forma de gracioso y monolítico excremento.

Si pudiera mudarse de esta pensión. Si apagarán algún día el radio esos ridículos recién casados. Vivía de una medio cridad a otra mediocridad. De la sartén al fuego. Y no era suya la culpa. Ni de nadie. ¿Tendría acaso la culpa el Dios que los cristianos colocan en el cielo? ¿Existe una omnipotencia sublime, extasiante, maravillosa' ¡Creo en el mar: pero no puedo creer en Dios! ¡Creo en el Sexo: pero no puedo creer en Dios! ¡Creo en la magia de la fornicación: pero no creo en la magia de la oración!

Así razonaba Abigail mientras el dolor de cabeza se movía como un menudo, gracioso y divertido ratoncito de tira cómica en su cráneo atormentado. Sentía vivamente cuando sus menudas patitas se arrastraban por entre las circunvoluciones

cerebrales, y casi estuvo a punto de gritar cuando comenzó a roerle cerca de las sienes. ¡Maldito ratoncito: ¿cómo te atreves a roer cerca de las sienes, no sabes que allí guardo encerrados bajo candado trescientos sonetos que escribiré cuando llegue la primavera?!

El radio multiplicaba las guarachas, los sones y los boleros, la propaganda para la piorrea y el mal hedor de las axilas, con un entusiasmo de madre amorosa. Vivimos la era de la mediocridad. La era en que un anuncio de Cotex llama más la atención que un fino y elegante ensayo de Alfonso Reyes o un cuento de Supervielle. Cremas para los barros y las espinillas, cremas para disimular las pecas y las verrugas. Los millonarios adornan sus salas de baño con cuadros de Salvador Dalí y colocan ejemplares del Ulises para ser utilizados en sustitución del papel toilette.

Algún día el ejército de los pez espada en combinación con la escuadra de los ruseñores harán la gran y soberana revolución que colgará del mástil más alto a los que acaparan el filisteísmo y hacen de la ignorancia y la mediocridad gran moneda nacional. ¡Oh, qué delicioso ver colgando de un poste, con la lengua picoteada por los cucaracheros, al maloliente y mal aliento del distinguido senador Panteoni!

¡Y cómo no hacer sonar las pocetas en grandes repiques cuando lleven a lavarse los testículos al

Gran Fornicador y Gran Destripador de Vírgenes que comulga con hostias todos los domingos y ansia ganar un Paraíso mientras la concupiscencia le devora las pupilas y la lascivia le ciega el corazón!

Le dolía un poco la cabeza. Abigaíl dio un suspiro hondo y desgarrador. Si pudiera mudarse de esta fea y horrible pensión. No sabía cuál de los dos sitios era peor: si la redacción o la pensión. Y los dos eran los sitios exactos y matemáticos — inconmovibles e inexorables— donde tenía que depositar diariamente veinte horas de vida, miles de latidos de su corazón, sesenta mil ideas, diez mil sensaciones y conocimientos, intuiciones y afanes, deseos y esperanzas.

En la redacción le esperaba una silla baja y coja, le esperaba una máquina que tosía como un tísico y en la cual tenía que meter innumerables cuartillas rellenas de falsedad y engaño para mantener complacidos a esos estúpidos lectores que hacen la digestión de sus carcajadas con el artículo que le ha costado al escritor una o dos horas de ardiente meditación y media libra más que rebaja de su utópica sesera de oro.

Era espantoso, después, el efecto del cuartucho que le tocaba en la pensión. Y las cochinas de la dueña. Gorda, sucia, viciosa, con una sonrisa de cabaretera pródiga en blenorragias. Colgaba sus enormes pantalones rosados, llenos de huecos, en la terraza y los muchachos de las casas vecinas les

disparaban conchas de mangos o restos de cambur. Era un blanco vulgar y grotesco, deformado como las conciencias de esos zagaletos que convivían en los barrios bajos con chulos y prostitutas, alcahuetas y homosexuales, mensajeros de la sífilis y tenaces guardianes de que el vicio nunca decayera. Por eso en la boca de Abigaíl había ese rictus y esa nefasta sensación de que algo amargo corría por su cuerpo, de que algo sucio y enlodado saturaba las acciones de la humanidad.

De allí que, a veces, sin quererlo, Abigaíl pareciera rudo y desvergonzado, cruel y falto de humildad, cuando, al contrario, su corazón sangraba ante las brutales oscilaciones del hombre adolorido, con sus penas y sufrimientos haciéndole toser escupitajos de sangre y plumizas lágrimas de agonía.

Si en sus manos estuviera, ya andaría por las calles derruidas, por las quebradas y hondonadas llenas de mendigos depositando en los labios de cada uno de ellos el poco de fe y el poco de amor que todavía le quedaba en el corazón. Pero ¿cómo hacerlo? ¿No es la vida un eterno fingimiento, una eterna huida hacia lo convencional? ¿No era él también un pálido espectro, un mágico suicida, un delirante agónico, que sonreía cuando el dolor le taladraba las entrañas, y se inclinaba elegantemente ante la frente llena de manchas y arrugada de vicios y errores?

Esto era lo que le corroía. Esta conciencia de hombre que siente el pulso de su tiempo y

comprende que marcha entre condenados y que la hora de la guadaña llegará con la misma geométrica exactitud con que el inmenso océano termina al fin por engullir a las víctimas del naufragio. Él nada podía hacer. Era apenas una ola — una débil ola más— en la furia fantástica del pleamar.

Vivía en medio de un continente, en medio de una humanidad adolorida; intuía que su patria era un vivero de dolencias y un vivac de plagas y epidemias. Pero ¿qué podía hacer, qué debía hacer? Esto le torturaba, vagaba por las calles como un atormentado, reía a veces, y en ocasiones su risa era una mueca horrible. Era la mueca de Lázaro cuando por primera vez vio el sol después de haber resucitado.

El radio marcaba guarachas, sones, rumbas y boleros... La cabeza de Abigail estaba convertida en un nido de cucarachas. El joven matrimonio pasó a su lado y le saluda ron ambos con una descuidada inclinación de cabeza. Abigail sonrió y adivinó en los ojos de ella un brillo de gacela enamorada. ¡Pobres diablos! ¡Miserables! ¡Increíblemente miserables!

Tomó el sombrero y salió hacia la redacción. La gorda patrona le vio partir y pensó que era alto y fuerte, exactamente el tipo de macho con el cual le hubiera gustado dormir esa noche.

Lombardo acababa de colgar el teléfono. Su madre cantaba en el comedor mientras quitaba la corteza a unas doradas y opulentas naranjas. Todavía le palpitaba en el oído la voz latigueante de Abigaíl. Era rara la sensación que producía a través del teléfono la voz de este hombre. Parecía que uno le estuviera viendo envuelto en una nube de humo, surgiendo bellamente de una fina voluta, como esos genios orientales que vienen a proteger a un inocente y encantador Aladino de tiernos ojos aceitunados.

Le había dicho Abigaíl de la importancia que tenía para él y para Vivián que esa tarde se vieran y salieran juntos a pasear por la ciudad a conversar y a tomar refrescos en algún sitio. Le había preguntado si se había divertido mucho en la inauguración del *dancing* «La Piedra y la Estrella». Le había hablado de un exótico boceto donde aparecía un extraño rostro de adolescente que se multiplicaba en gran cantidad de rostros y que tenía un intenso parecido con él, Lombardo. Le había comunicado que atravesaba por una hora de neurosis e inquietud. Le había terminado por decir que esa redacción era un infierno y que ya el perro del negro comenzaba a ladrar y él pronto se enfurecería y le caería a patadas... Luego, colgó.

— ¿Quieres ya las naranjas, Lombardo?

La madre alargaba hacia sus ojos una bandeja color rosa donde tres de las frutas lucían vivas y

brillantes. Hermosa y apacible era su madre. Tenía una mirada franca y directa que él había heredado. Poseía también un afán de complacencia, un desbocado amor hacia el hijo, que en ocasiones le producía ira, ardiente ira. ¿Por qué empeñarse en adivinar cada una de mis frases, por qué siempre aprobar todo lo que le digo si me comunico con ella para, simplemente, ver si mis ideas y planes poseen puntos o lados vulnerables? Pero no: ella es incapaz de contrariar, de refutar en algo a su amado Lombardo. ¡Oh desvergonzado narcisismo el de las madres que aman al hijo hermoso con fidelidad lunar y cariño de pulpo moribundo! Tomó las naranjas y comenzó a comer.

— ¿Sales esta noche?, te oí cuando hablabas.

— Sí. Salgo esta noche, con unos amigos.

— ¿Llegarás muy tarde?

— Depende de las circunstancias.

— Sabes que el clima no es muy bueno, siempre te res frías, se te pone la voz demasiado enronquecida, hablas como un oso siberiano... ¿ Por qué no te llevas la bufanda, Lombardo?

— Me llevaré la bufanda, madre.

— ¿Y cómo está tu amiga la señora Rosamunda?

— Muy bien.

— ¿Siempre te aprecia?

— Siempre me aprecia.

— ¿Continúa escribiendo versos?

— Sí. Ya ha publicado su segundo libro. Te lo prestare algún día. Es hermoso, fascinante...

— No te olvides de la bufanda, voy a llamar a tu tía un instante, tengo que decirle algo. Si quieres más naranjas pídele a la mucama.

Encantadora madre. Hermosa madre. Fascinante madre. ¡Pero a veces me fastidias con tus cariños y tus atenciones! Pero cuando mueras... Cuando mueras morirá una parte de mi desgarrado corazón. Sentiré que el mundo me acorrala y golpea sin compasión. Al pie de tu ataúd me sentiré desamparado, perdido, navegando en un solitario iceberg sobre la corriente solitaria... Pero allí estará ella — Rosamunda, la bienamada— que secará mis lágrimas, adormecerá mis sueños y volveré a ser niño, volveré otra vez a revivir en ti, con la misma pasión y el mismo instinto bestial con que cuando niño desgarraba tus pródigas ubres...

Un pájaro cantó en la rama más alta del árbol y la flor más bella del jardín entornó los pétalos con

voluptuosidad de sirena ante la presencia inquietante de Ulises.

La luz de la sala era viva, irritante, y los rayos hacían brillar los pómulos sudados de los hombres. Las tres cabezas estaban inclinadas sobre la mesa. Bebían ron. La botella ocupaba un extremo. Los tres vasos formaban tres círculos de líquido derramado inconscientemente. Un papel encima de la mesa atraía la atención de los tres hombres. Varias mujeres ocupaban las otras mesas. Llegaban algunos hombres. Muchos borrachos.

Entró un obrero de overoll, metió una moneda en el multicolor aparato de los discos y la música antillana se dejó oír estridentemente. Bailó con una rubia alta y flaca, de miradas caídas. La mujer trataba de mover las caderas y se veían sus flacos huesos rotulando la seda vieja del traje descolorido. El obrero sacaba el pecho en la armadura azul del overoll y sentíase intensamente regocijado de su habilidad para arquear los hombros y desprenderse de la mujer en vueltas y giros impecables.

En otra mesa, distante unos tres metros de la de los tres hombres, estaba un señor serio, circunspecto, de gafas ahumadas. El hombre tenía una encantadora enana sobre las piernas. Y la acariciaba con una precisión de péndulo. Cada minuto, la mano derecha tomaba el seno derecho y lo apretaba.

Luego la mano izquierda levantaba la falda con delicadeza y subía hasta un poco arriba de los muslos.

Terminaba la operación con la mano izquierda y se quedaba tranquilo un rato. Bebían del verde brebaje que tenían sobre la mesa. La enana sonreía dulcemente y enseñaba sus bellos dientes, parejos y diestramente nivelados. Otra vez comenzaba el señor de los anteojos ahumados. Colocaba su mano derecha sobre el seno, lo apretaba discretamente, casi con elegancia, luego su mano izquierda hacía un pliegue también discreto en la falda, y la mano subía tersamente hasta una parte de los muslos...

Los tres hombres tenían la mirada fija en el papel que estaba sobre la mesa. La botella de ron dejaba caer una sombra alargada sobre el papel.

— Es idéntico al rostro de Lombardo. No hay duda alguna. Tu boceto es exacto, preciso, genialmente diabólico y diabólicamente endemoniado.

La rotunda expresión era modulada por los labios de Vivián. Lombardo, con sus bellos labios levemente arrugados, sonreía vanidosamente.

Abigail tenía la negra mirada clavada en la pareja que bailaba. Parecía no hacer caso de nada de lo que había dicho Vivián. Pero sus cejas se encapotaban y

cruzaban unas a otras con habilidad de espadachines.

— Sí, tal como yo lo pensara aquella tarde terrible y desesperada en la redacción... «podía intelectualizarse un poco el movimiento de las cejas, recoger la nariz y hacer eruptiva la boca, y tendría un adolescente en trance de maravilla y una maravilla en trance de adolescencia...». ¡Bello boceto! Pero lo raro es que yo no había pensado en Lombardo. Ni siquiera, ni remotamente, pensé en él. Al comienzo salía mi imagen, era yo, Abigaíl, quien me autorretrataba. Pero luego fue el rostro de Vivián. Y final mente el de Zoilo... después... esto: el adolescente en trance de maravilla y la maravilla... ¡Pero juro no haber pensado en Lombardo! (Éste se reía graciosamente, vanidosamente.) Y creo que hasta vino a mi imaginación el rostro de Malva, la figura de Malva vistiendo pantalones y adueñándose de una insólita virilidad. Eso fue todo.

El papel reposaba encima de la mesa. La botella de ron dejaba caer una larga sombra sobre el dibujo. Lombardo sonreía. Vivián tenía una afable pose de expectación. Y Abigaíl encapotaba las cejas para mirar al obrero de overoll azul que continuaba bailando con la rubia flaca.

—Pero, ¿cuál es la significación de ese boceto? No sé. Si tuviera esa maravillosa capacidad de los que predicán con sólo lanzar al viento los pelos que cubren el pubis de la mujer amada, pudiera ser que

este boceto me revelara algo. Algo definitivo, algo cierto sobre esta angustia, este temor, este miedo, esta duda, esta cobardía infinita que vive en la sangre de todos nosotros. **En la sangre de Vivián y en la de Zoilo, en la...** Hacemos todo eso con una frialdad única, con una reflexividad terrible. Nos esperan los ataúdes, nuestra nuca está cansada, noblemente cansada, y sin embargo reímos. Somos los alegres desahuciados, los fáciles y divertidos amantes de la muerte... Queremos morir con una ironía en los labios y una paradoja en el corazón.. . Que caiga la tierra sobre nuestros ataúdes... El eco de estos golpes sonará como las risas de las hienas en el vasto desierto... Y nosotros también reiremos, con horrible mueca, como horribles y alegres desahuciados, banales desposados de la muerte...

La música — ante el incentivo de las monedas— continuaba azotando la sala. Las bebidas ponían enormes som bras en las ojeras de las prostitutas. El obrero de overoll no se cansaba de bailar y era feliz como un sapo que encuentra una cloaca asoleada e inmunda.

Los ojos de Lombardo lucían divinamente sombreados. Su voz vacilaba un poco al hablar, pero siempre resonaba melodiosa, fugitivamente melodiosa:

—Confieso que me has anonadado Abigail, y creo que a ti también Vivián. Pero es cierto, es la estricta realidad lo que acabas de decir: somos los alegres desahuciados. Creemos sintetizar una maravillosa

condición, creemos formar parte de una secta de predestinados y no somos más que niños encantadores, ardientes sentidores de lo universalmente estético y de lo estéticamente humano. ¡Cómo vamos a aspirar que todos y cada uno de los seres que nacen en el universo sientan como nosotros, piensen como nosotros, entiendan el vicio como lo entendemos nosotros, gocen del placer como lo gozamos nosotros, y se sientan capaces de meditar y amar, y odiar y fornicar, como lo hacemos nosotros! ¡Es imposible, rotundamente imposible! Pero...

Le interrumpió, con un gesto de la mano, Abigail,

— ...déjame terminar yo, maravilloso Lombardo. Haz dicho pero, y ese pero significa dolor, significa solidaridad en la agonía. Y ese es el punto a que yo ansiaba llegar. Todos somos solidarios en la agonía, hermanos en el sufrimiento y en el padecer. Tanto el genio como el mediocre, el bello como el feo, el bruto como el inteligente, todos y cada uno — para emplear una expresión que te es amada— , sufren, padecen, son lacerados, y agonizan como nosotros en esa enorme pista de agudas lanzas que el tiempo tiende ante la humanidad en forma de horas, días, meses y años. Todos vamos encaminados al mismo fin. Es una definitiva generalidad. El día llegará en que el gran refrán o slogan apocalíptico merezca ser remedado o parodiado por uno de los alegres desahuciados diciéndole al hombre vanidoso y engreído en su lamentable miseria y en su miserable

condición: ¡Mierda eres y en mierda te convertirás! Esa es la historia del género humano. Cada hombre es una deplorable entidad, una cloacal institución, predestinada únicamente al sufrimiento y a la ignominia... Y así, sus tragedias parecen comedias, y en ocasiones, para mayor dolor, sus vulgares comedias toman ribetes de tragedias... Todo en el hombre es ridículo: hasta la forma de ser engendrado y la forma de ser concebido. El aparato que rodea su muerte, es también ridículo. El aparato que rodea su vida, es ridiculísimo: tener que comer, dormir y defecar con una precisión de lavadora eléctrica... ¿Qué opinaría de la deliciosa vida el delicioso señor Jehová si tuviera que sentarse encima de un WC a soportar los hedores que emanan de los excrementos que tienen que expulsar sus tripas?

— Mal expediente, pantanoso expediente de interpretación vital — gruñó Vivían, carcajeándose ruidosamente mientras tomaba un gran vaso de ron.

Intervino Lombardo con las pupilas brillantes y el gesto afiebrado.

—Buen expediente, excelente expediente, querido Abigaíl, el señor Jehová no opinaría nada, soportaría paciente mente los hedores — al fin y al cabo el hombre posee un poderosísimo instinto de la costumbre que lo lleva a soportar todo—, y esa es la prueba más grande, la prueba maravillosa e ineluctable de su divinidad, de su divina condición.

Si el hombre siendo un miserable, un organismo enfermo, una institución leprosa, se siente dispuesto a contemplar la belleza, a caer en el abismo del sexo y del amor con una pasión intensa, a devorar manjares con una fruición de gloria, entonces, ¿dónde está la razón para que despreciemos a este adorable renacuajo, tan complejo, tan contradictorio, tan complicado y tan genialmente encantador a la vez? ¿Conoces tú algo más delicioso, más ultraterreno, más ligado a la divinidad que ese instante de éxtasis en que el amante se arroja sobre el cuerpo desnudo de la amada y palpa con sus manos afiebradas el velludo vientre, y recorre con sus dedos la divina región de los muslos y nalgas; sentir contra su pecho la fuerza blanda y enloquecedora de los pezones que ceden a la menor presión de los viriles pectorales y apoderarse luego con la mano que vacila del seno blanco, entero, redondo, tembloroso de emoción; rodear la fina cintura, palpar la cadera que tiene estremecimientos de rocío y regocijarse con el lácteo y enmielado cuello donde nuestros labios trazan surcos de navío embriagado... ¿Conoces tú algo más entrañable, algo más humano, algo más rotundo? Y si Dios, si el Máximo ídolo, si Jehová ha creado algo que se llama mujer y que está más cerca de lo divino y de lo eterno que eso que llaman hombre, ¿por qué vas a quejarte Abigaíl, por qué?

Sirvieron tres vasos de ron y continuaron bebiendo. La mirada de Lombardo vagaba como extraviada por la sala donde las prostitutas reían y se

acercaban a él para escucharle con mayor atención. El hombre de las gafas ahumadas acariciaba ahora el vientre de la enana y tenía una actitud sumamente pensativa. La música se había callado.

Abigail de pronto comenzó a reír... Vivián también si guió la risa en el mismo orden... Y Lombardo también se carcajeó en una forma extraordinaria... Todos tres se comprendían: era un drama perfecto encajado en el marco de una comedia...

—¡Bah!, bebamos más ron querido Lombardo, y tú querido Abigail — exclamó Vivián...— Después de todo, vivir es delirar: ¡estar borracho es estar vivo! ¡Yo lo pro clamo! Nada de la vida vale nada. Nada de la humanidad vale nada. Todo es sucio, todo es pantanoso, todo está plagado de porquerías. El Hombre no engendra nada valioso, nada vital, nada divino, si no lo hace a través del arte...

— ...o de la prostitución... — concluyó Lombardo.

— Tienes razón — agregó Abigail—, la prostitución es maravillosa. Escribiré un Canto a la Prostitución Universal, y consagraré mi juventud a fundar una Congregación como la de San Ignacio de Loyola que se ocupe de regentar burdeles en todos los sitios del Universo... Será algo eminentemente constructivo... ¡Oh, las celestes prostitutas que venden sus pubis en el mercado de las sensaciones!

Los faros del automóvil alumbraron la puerta de la casa y Lombardo abrió la portezuela descendiendo con agilidad. Se despidió con una grave mirada de Abigail y Vivián. Entró a la casa. Había una densa oscuridad en el recibo, pasó a la frigider y la abrió para tomar un vaso de agua.

Sus pasos sonaron sobre la alfombra. De pronto escuchó una voz. Era su madre.

— Llegaste, Lombardo. ¿Te sientes bien?

—Sí madre. Bendígame.

Entró a su cuarto con la misma sensación de vejez de hacía varios días. ¡Ah, el alba le renovaría la sangre y le purificaría la inspiración! Se acostó con el cansancio y el hastío intensamente agudizados. Respiraba con fuerza. Como si nadara entre dos aguas.

Agarró el crucifijo que tenía en un extremo de la cama y lo besó con piedad, una, dos, tres veces:

— Por Vivián, por Zoilo, por Abigail, por todos los que sufren, por los alegres desahuciados...

Capítulo IX

Cuando tiempo más adelante Lombardo recordara estas escenas, nunca supondría lo portentosamente estúpido y frívolo que había sido su comportamiento en instantes de tan profunda gravedad, de tan rotunda y clara, decisiva trascendencia. No darse cuenta del momento que vive, de la vital importancia del momento que vive, es una de las más lamentables fallas del ser humano. Muchas veces pasamos con una cómica y risueña sonrisa entre los labios por el sitio y el paisaje que dentro de poco tiempo nos verá sufrir y padecer, desgarrar inconsolablemente nuestro corazón. Así ocurrió a Lombardo aquella tarde.

Para él todo había sido de nuevo bello y encantador. Cierto es que había tenido días difíciles, horas oscuras, minutos negativos, pero quizás había una intensa verdad en las palabras de Zoilo cuando le dijera aquella noche que estaba destinado a amar la vida burguesamente, aferrado a lo convencional.

Y después de todo, ¿por qué no ser así? Era joven, inteligente, bello, un poco cínico, de palabra ágil y fascinante, seducía con facilidad a las mujeres y tenía fieles amigos que depositaban a sus pies el tributo blanco de la amistad. Su madre le amaba entrañablemente, lo mimaba casi.

Poseía dos mundos cósmicos dentro de su personalidad adolescente. El Lombardo dispuesto a

besar lascivamente a Malva y susurrarle deliciosas frases al oído, y el Lombardo entregado a un amor puro y noble como el que mantenía con Rosamunda.

Había diferentes realidades dramáticas en torno a él. Esa realidad que acosaba a Abigaíl y lo mantenía encadenado a la burda roca del gran aparato burgués. Existía la realidad del hombre desangrado en el placer y el vicio, en la búsqueda angustiada de la belleza, como el hermoso Vivián, que no hallaba qué hacer con su apostura de efebo. Y existía esa sombría y a la vez cautivadora realidad del adolescente embalsamado, Zoilo, que cansado de todo, hundido en la charca del hastío, caminaba presurosamente hacia la muerte, hacia la culminación de su hora fatal.

¿Y él, Lombardo, tenía su peso y su valor o sólo era un cobarde, un tímido, un titubeante, que se contentaba con el superficial aspecto de las cosas y con acariciar la blanda corteza de las grandes interrogantes humanas?

¡Bah, para qué pensar en interrogantes! Había recibido la deliciosa esquila de Malva y no había que pensar en nada más. La tenía entre sus papeles, en el escritorio, como un recuerdo de una mujer que sumaría a los muchos recuerdos de mujeres que habían llenado y que llenarían su vida. No podía quejarse del alto y fresco grado de cinismo que había alcanzado. Después de todo, a veces su cinismo se confundía con su fresca ingenuidad

adolescente, otras veces su ingenuidad llegaba a identificarse demasiado con su cinismo.

La esquila de Malva — en una letra bella y apresurada— decía: «Lombardo, ¿me amas, no es cierto, lindo falderillo?, deseo y te ordeno que me acompañes a Bahía Grande el próximo miércoles. Tengo automóvil y chalet. Iremos solos. ¿Quieres más, lindo muchachito? No te olvides de pedirle la bendición a tu inteligente madre y de traer te el biberoncito azul que te serviré de noche con mis propias manos». Firmaba, con asustada ironía: «Malva, la sirena fatal de los fatales adolescentes».

No pudo reprimir Lombardo un movimiento convulsivo de su lengua y una cálida y ardiente oleada de emoción que le abrasó el pecho con rigor de sinapismo. ¡Qué adorable lucía el gesto de plena entrega en la mujer! ¡Oh las desenfadadas hembras que no tienen obstáculos algunos para satisfacer sus más voluptuosos deseos y hacer más agudas sus más queridas y entrañables sensaciones!

Caminó por toda la casa con una sonrisa de gozo en el semblante. Acarició distraídamente el lomo del gato que la mucama había traído hacía dos días a la casa. Prendió el radio y escuchó hasta con interés una charla bastante monótona que transmitía un comentarista internacional.

¡El mar! ¡La mujer! ¡Todo en el mar es femenino: todo en la mujer pertenece al mar! ¿Quién

destruiría este estético silogismo, este sensual y maravilloso silogismo que engloba la belleza y el placer, la indolencia y el afán de goce? Tendido en la arena con el cuerpo joven y esbelto de Malva a su lado. Sintiendo cómo cada uno de los suspiros del anciano mar iban a coronar de divinas prolongaciones la esencia, el núcleo prístino de su deseo.

Sí, la hembra se le ofrecía, y llenaba su alcoba de peces blancos y sutiles vegetaciones arrancadas a la entraña del océano. Sus caricias tendrían alucinaciones de espumas, y en sus besos querría adivinar el misterio de esas velas que siempre aparecen en el horizonte y nunca alcanzan la tierra ni logran tampoco incrustarse en el blanco y terso corazón de las nubes.

Estaba como alucinado, como afiebrado, como enfermo. Este temblor no puede acosar a un hombre en estado de normalidad. Soy un enfermo, un loco, un delirante. Entonces Zoilo no tiene razón en decir que mi vida va encaminada a seguir moldes burgueses. Detesto la burguesía. Amo el aire. Amo la libertad del mar. Me escapo con la hembra complaciente que me muestra la suave concavidad de su cuerpo y me ofrece anhelante la quinta esencia del goce.

Así pasó más de dos horas como sumido en un delirio pleno y consciente. Sentóse a la máquina y comenzó a escribir un poema. Le resultó demasiado

pornográfico. ¿Y no era acaso Baudelaire eminentemente vulgar y pornográfico? ¡Ah, pero Baudelaire no amó el mar ni sintió tampoco el placer de la vida como él, Lombardo, lo sentía ahora! Tenía entre sus manos la llave del mundo, podía reírse de los que pregonaban por allí veredictos de tragedia y enviaban dramáticos boletines a los espíritus alertas y a las almas en vigilia.

Cerró el cómodo bolso. Adentro estaban el traje de baño, rutilantemente blanco, la bata, los zapatos de goma. Todo lo que necesitaba. Guardó un poco de dinero en la cartera y salió a darle un beso a su madre. Malva le aguar daba en la avenida Central.

Salió a la calle y marchó rápidamente, con una ansiedad de colegial cuando el severo profesor le interroga por vez primera y quiere hacer brillante e inteligente su res puesta y su exposición. Marchaba con ágil paso deportivo. Vestía un slack de tono crema, casi tirando a amarillo. Llevaba unos elegantes zapatos de goma americana, con finas decoraciones. Una chaqueta sin solapas, de gabardina y la cabellera — la negra y rizada cabellera— ordenadamente despeinada. Los ojos le brillaban con ese placer del cervatillo cuando adivina sombras inquietas y divertidas entre los árboles del bosque. La nariz se le dilataba, se le abría anhelante, respiraba entusiasmado, con las aletas subiendo y bajando en un constante palpitar

que tenía un mucho de emoción y un demasiado de voluptuosidad.

Al fin llegó al sitio convenido y divisó el automóvil. Era un vehículo de capota corrida. Esbeltamente deportiva, como para sentir la afiebrada huella del viento en el rostro cuando marchara por la carretera, Malva vestía un pantalón blanco, de seda, y una graciosa cota que le ceñía el busto destacando la opulencia impresionante de sus senos. El cuello desnudo lucía con deleite narcisista la fina red de venas que le circulaba por el pecho y que quizás moría en alguno de los sonrosados pezones. Llevaba el pelo suelto, recogido hábilmente en la nuca con una enorme peineta de puro marfil. Era una estatua de la ansiedad, un símbolo vital de la belleza y el placer mancomunados.

Los labios de Lombardo temblaban con una extraordinaria violencia. La voz le temblaba. Sentía breves corrientazos en el abdomen y un intenso palpar en el corazón le hacía sentir seca la garganta y muy frías las manos. Casi no podía reír para saludar a Malva. Ésta comprendió el azoramiento del adolescente y no pudo reprimir una carcajada exhaustiva y apabullante. Le encantaba reír cuando sentía que el hombre era débil y declinaba ante ella.

— ¿Qué te pasa Lombardo?, la gente va a creer que te estoy raptando y a lo mejor me llevan a la Comandancia de Policía.. . ¡Pero estás delicioso! ¿Te

afeitaste hoy? Déjame ver... (pasó su mano por las lisas mejillas del muchacho). ¡Oh no, qué tonta: si eres deliciosamente lampiño! Qué encanto: estos nenés lampiños, tan seductores...

Lombardo se introdujo dentro del automóvil en silencio. Ella prendió y arrancó con una violencia tan inesperada que el corazón de Lombardo dio un vuelco acrobático. Ya sentíase mejor. Comenzó a charlar con una manifiesta desenvoltura. Sentíase en ambiente. Los muslos de Malva se marcaban maravillosamente bien a través de la seda blanca de los pantalones. El busto, henchido y opulento, destacaba matemáticamente los senos cuando ella se echaba encima del parabrisas para divisar mejor la carretera.

Ya habían salido de la ciudad. La conversación tenía esa proverbial intrascendencia de las charlas que se organizan e instrumentan a sabiendas de que sólo tienen un valor simplemente de relleno, para hacer menos fastidioso el rato. Lombardo, sin embargo, jactábase de ser un buen conversador. Jugaba con las ideas y las frases, hacía retruécanos, de vez en cuando introducía una deliciosa paradoja, y hacía cómicas y epigramáticas definiciones de los amigos comunes de ambos. Avanzaban velozmente. Malva gustaba de guiar a dura velocidad, como devorando la sutil angustia del horizonte.

— ¿Cómo te parece el automóvil?

— Muy cómodo: se parece a la persona que lo maneja. Tiene todo tu desenfado en las rectas, y todo tu descarado cinismo en las curvas. Me encanta.

— ¡Ajá! Desenfado y descarado cinismo. ¿Sabes de quién es el automóvil? ¿Sabes de quién es el chalet a donde vamos a residenciarnos mi talentoso jovencito? ¡Ja, ja, ja, ja!

La risa de la hembra era deliciosa. Sus labios estaban rojos, como lacerados, pues los mordía al inclinarse sobre el volante para tomar una curva.

— Querida Malva — anunció Lombardo con voz melodiosa—, no es necesario que me echés en cara mi cinismo: el tuyo es encantador, simplemente encantador. Sin que me lo digas, adivino que el carro debe ser del falderillo «A» que tiene finos y refinados gustos deportivos, mientras que el chalet debe pertenecer al falderillo «B» que es un gran padre de familia, un eterno marido, y que te ha facilitado la llave para que vengas a descansar porque no es lógico que la mujercita más inteligente y mas descocada de nuestra capital no tenga celestes periodos de asueto en la hermosa playa de Bahía Grande...

—Muy bien. Noto que ya Zoilo te ha instruido sobre los falderillos. ¿Quiere la llavecita del chalet el muchachito para que sea él quien abra la puerta del paraíso?

Y siguió la risa honda y voluptuosa de la mujer que se enervaba con las finas cosquillas que el viento trazaba sobre su piel.

Lombardo iba encantado. Con los párpados entrecerrados. Miraba fijamente el cuerpo de Malva. Se la imaginaba desnuda, fríamente desnuda, odiándole y no amándole, obligándole a entrar en el mar, donde le esperaba un amo roso pulpo que se empeñaba en amarle y acariciarle con sus enormes tentáculos. Pero no, no podía ocurrir eso. Estas manos de Malva, estos muslos de nardo, estos senos con talla de estrella y pezón de fresa bañada de rocío. Quiso acariciar las mejillas de la mujer, rodear su talle, besar la nuca que de pronto lucía blanca y carnosa cuando los cabellos revoloteaban en el viento...

— ¿No quieres beber un poco? Llevo unas botellas de anís y dos litros de whisky en el baúl trasero... también un poco de ginebra. ¿Quieres mi niño? ¡Hay que embriagarse para sentir el mar!

— Me basta contigo Malva, me basta contigo... Y con el mar.

—No seas lírico. Bebe. Te sabré mejor si te emborrachas un poco. Ello te impedirá pensar y serás más humanamente animal. Siempre me has parecido un cerebral. Un desconectado de la realidad. Me atrevo a jurar que nunca te has acostado con una mujer. Sería delicioso que esta

noche me resultaras virgen. ¡Qué delicia! ¡El adolescente prodigio so que se entrega a la mujer fatal! Como para una novela de David Herbert Lawrence, ¿verdad? Pues sí, es uno de los pocos autores que he leído. Y me ha gustado. ¡Esas fornicaciones de El amante de lady Chatterley! La leí a los quince años de edad y me empeñé en que cuando grande tenía que parecerme a Constanza y encontrar un marido como Clifford y un guardabosques alto y sombrío como Mellors para realizar mi ideal sexual. Pues bien, ¿qué ha ocurrido? Aquí me tienes, bella y cínica, como tú dices, rodeada de falderillos, y en lugar de irme a entregar a un gigante misántropo y taciturno como el guardabosques, marché hacia el mar, para refocilarme por veinticuatro horas con un adolescente que habla como Dorian Gray (la película es perfecta!) y se enamora de mujeres de sal como Rosamunda...

Lombardo aprovechó el instante para decir, en un súbito arranque:

— Sí, bebamos Malva, es mejor beber. El mar, la mujer y el licor. ¡No hay nada como este tríptico para sepultar el tiempo y quitarle su maldito resuello de tuberculoso!

Malva frenó riendo a carcajadas. Abrió la parte trasera del carro y sacó una botella de anís. La destapó y se la llevó a los labios bebiendo un largo trago. Cuando Lombardo avanzó hacia ella para

tomar la botella, echó las manos hacia atrás y le ofreció los labios con una mirada golosa en las pupilas. Lombardo comprendió la intención de la hembra y la tomó entre los brazos ciñéndola con increíble frenesí sobre su pecho, posó los labios en los de ella y el beso fue dulce y oscilante, empalagoso, mientras el licor pasaba de una boca a otra y las manos de ella acariciaban su despeinada cabellera.

Volvieron al automóvil. Siguieron marchando. Corrían velozmente. Malva reía a carcajadas mientras Lombardo seguía bebiendo con una inquietud de náufrago que cree divisar en las formas de la blanca gaviota un posible alivio a su agonía. Ya sentíase el murmullo del mar. Ya se acercaba la hora de llegar.

— Malva — susurró Lombardo— , estoy borracho.,, llegaré borracho... a tu lado llegaré al mar... Te deseo, Malva... te deseo ardientemente.

Ella reía poseída de un deseo agudo y tembloroso que la hacía entrecerrar las piernas y chocar una rodilla contra la otra.

Pasaron velozmente la avenida principal de Bahía Grande. Ya la noche había cerrado. El balneario estaba alumbrado como para un día de fiesta. Algunos bañistas retrasados paseaban con sus batas por el malecón. Una ola más alta, más fuerte que todas las demás, se estrelló ruidosamente contra

uno de los carcomidos muros, y la espuma cubrió en parte —una gruesa gota de espuma— la mejilla de Lombardo.

— El mar me saluda, Malva, me saluda el mar . y yo, borracho y deseándote...

Malva no hacía sino reír. Frenó violentamente. Apagó las luces.

— Esta es la casa. Ven mi nenito.

Su voz se había hecho oscura, gravemente profunda. Ahora la seria y meditativa era la mujer. Su risa se había trocado en serenidad. Unas palmeras próximas lucían bellacamente desmelenadas. Ululaba el viento cerca de los uveros y sentíase el trino de los grillos hacia la cabaña de los pescadores.

Abrazó a Lombardo antes de que saliera del automóvil y le dio un beso en los labios. Volvió a besarle. El joven la atrajo hacia su cuerpo y la mordió hambriento, voluptuoso, en el cuello. La mujer gimió y lo arrastró por el brazo; marchaban trastabillando por el sendero que los llevaba al pequeño chalet.

— Deberías tomarme entre tus brazos vagabundito...

Giró la llave en la cerradura y entraron. Como una magistral caverna de armoniosas y satánicas

resonancias era el oscuro ambiente de la sala; de pronto parecía como si largos y velludos brazos le fueran a acariciar el rostro a los que entraban tambaleándose; era el viento encerrado, el denso aire que ahora flotaba hacia el mar por la puerta entreabierta. Lombardo y Malva tropezaron con la gruesa alfombra y estuvieron a punto de caer, ella sostuvo al joven rodeándole por el talle, pero él entonces, creyendo que la mujer deseaba hacer más cierta y verídica la caricia, metió su despeinada cabeza entre los senos de Malva, la rodeó con más fuerza que la vez anterior y se fueron ambos de bruces sobre la alfombra. En la caída, el cuerpo de Malva quedó aprisionado por el de Lombardo. El suéter se había liberado de la presión del pantalón y dejaba ver la blanca y excitante carne entre el vientre y los senos; un rayo de luna que entraba por la ventana derecha alumbró a la pareja y su visión fue para Lombardo como un ramalazo de sensualidad que le sofocara la sangre. Se tiró brutalmente encima de la mujer, la magulló con las piernas, le clavó las uñas en la espalda que ya había desnudado, y terminó por balbucear alucinadas frases de entusiasmo...

El ambiente se había completamente desquiciado, enloquecido... había un atolondramiento, una abstrusa turbiedad, que predisponía las dos almas a la confusión. Ella tuvo suficiente sentido común para liberarse de Lombardo y tomarle del brazo con aplomo y ternura.

— Vamos a subir. En el cuarto será mejor. Esta alfombra es demasiado incómoda.

Cerraron la puerta. Comenzaron a subir.

Afuera el mar tenía una majestad de venerable anciano. La enorme luna cubría un trozo de mar plateando alegremente los picos de las olas que parecían menudos barquitos cansados de buscar horizontes.

Ya Lombardo no se pertenecía. Ya no era el adolescente frío y reflexivo que hace unas horas bebía afanosamente de la botella de anís para alegrar y enloquecer su sangre. Ahora estaba enloquecido por su propia sangre, por su propio instinto, por su propia juventud. Las manos le temblaban nerviosamente. Tenía las pupilas desorbitadas. Un sudor constante le mojaba los pectorales. Sentía que iba a morir, que iba a desaparecer en un insomne pozo lleno de viscosas alimañas.

Recordaba aquel angustioso sueño de sus primeros días de internado cuando veía la débil figura de Perla, su novia de la infancia, buscándole a gritos por la pradera, y él había caído con una torpeza monolítica en la profunda hondonada, y sabía e intuía que perdería a Perla. Ella gritaba, le llamaba entre las brumas del atardecer: ¡Lombardo, Lombardo, ven a mí! Pero él estaba prisionero en la inmunda entraña de la hondonada. Y avizoraba la

filosofía del sapo que le miraba con sus brotadas pupilas. Y quería gritar, alzar su voz hasta los oídos de la frágil Perla, pero no le escuchaba, no podía escucharle, no podía hacerse escuchar. Y ella desapareció en las sombras de la noche. Y él, Lombardo, con su angustia y su temor, se durmió en la profundidad de la hondonada y nunca más llegó a ver el alba esperada, ni a escuchar la voz dulce y quebrada de Perla llamándole entre las brumas del atardecer.

¿Por qué razón recordaba ahora este sueño? ¿Qué motivos siniestros habían movido a Malva a entregársele en este atormentado anochecer? ¡Qué miseria la de su cerebro! No podía pensar. Estaba borracho, tembloroso, alucinado, casi enfermo. La mujer le dio un empujón y le tiró en la cama. Cayó de espaldas. No había luz en toda la casa. ¿Y ahora qué pasaría?

Pasaron unos minutos, unos largos minutos. El mar bufaba con pasión de sabio anciano y malicio so. Malva lo había dejado solo por unos minutos. ¿Y si había partido para hundirse en el sagrado corazón del mar? ¡Sería horroroso pasar solo esta noche en esta cueva sin luz, a merced de los espectros y fantasmas que surgen del océano en la medianoche! Comenzó a ponerse de pie. Al fin pudo hacerlo tras muchos esfuerzos. Bajó, tambaleándose, la escalera. Salió al jardín. Corrió luego por un caminito que estaba abierto hacia un lado. El caminito le llevaba al mar. Corrió con furia hacia el mar. Buscando a

Malva. Tratando de robarla a las sombras de la noche y a los espectros del mar.

La mujer reposaba, desnuda como un lirio, sobre la arena.

—¿Qué te ocurre niño? ¿Tienes miedo de los fantasmas?

Le hablaba con una ternura infinita, ya dispuesta a la definitiva entrega. Se reclinó totalmente sobre la arena y abrió los brazos mostrando las axilas depiladas que lucían rosadas y titilantes. Los senos tenían breves huellas de arena encima de los pezones.

Lombardo dio un gemido doloroso, de animal a quien acaban de desgarrarle el sexo con tenazas. Cubrió a la mujer con una potencia digna de un novillo en primavera. La poseyó primero con frenesí de tormenta, luego con serenidad de ola, finalmente con desbocada, incontenible ternura de adolescente que aprisiona el cósmico misterio de la hembra en una noche alucinada, ante la plenitud del mar.

Una ola alta y atrevida — la ola más alta y poética de la noche— llegó hasta ellos y les cubrió de espuma mientras aún permanecían enlazados por séptima vez. El agua amarga mojó los labios de Lombardo. Y se inclinó una vez más hacia Malva besándola

delicadamente. Luego tomó un puñado de arena y murmuró con su voz cansada y melodiosa.

— Te he poseído, y siento en mis entrañas que he poseído también en ti la viva feminidad del mar...

El mar exhaló un hondo suspiro, como aprobando las palabras del adolescente, y éste se hundió una vez más en las carnes de la hembra que palpitaban con estremecimientos de plenilunio.

Despertaron muy tarde. A las once y media de la mañana. Lombardo amaneció con las pupilas hinchadas. En la boca tenía un rictus de gravedad. Como si la noche anterior hubiera cometido un horrendo crimen contra sus propios instintos.

Malva sentíase alegre y desenfadada. Se vistió pronto y le trajo unas ricas naranjas heladas y agua de coco. La mezcló con ginebra y bebieron entre besos y caricias. Afuera el mar quería acariciar cuerpos jóvenes. En sus sinfonías matinales había una nota de ansiedad. Tan agudizadas, que un viejo marino que fumaba su pipa forrada en ancianos líquenes murmuró: hoy alguien morirá ahogado, algún joven hermoso...

Y así fue. Se cumplió la predicción del viejo marino. Y quizás por ello cuando Malva y Lombardo salieron

a bañarse — ella en su linda trusa roja y él en su breve trusa blanca que le hacía parecer un dios caprichoso— encontraron a algunos de los bañistas cabizbajos y tristes. Una hermosa mujer se enjugaba una lágrima y arreglaba un rizo de su rubia cabellera. Lombardo la interrogó.

— Se ahogó un muchacho. Dicen que fue un suicidio. No han podido encontrar el cadáver. Se introdujo mar adentro, muy lejos, siempre mar adentro, y después comenzó a flotar hacia el horizonte, nadando de espaldas, con las bellas pupilas clavadas en el cielo... Después le vieron hundirse y agitar las manos como para una despedida... Pero no pidiendo auxilio... Por eso dicen que puede ser un suicidio...

Esto era demasiado triste. Dejaron a la rubia mujer que continuara llorando y entraron abrazados al mar. Un muerto, un ahogado, un bello desconocido que se pierde entre las olas: digno y apolíneo espectáculo para enmarcar estas horas maravillosas en que la carne tibia de Malva se le había entregado olorosa a mar y crucificada de algas y misteriosas esencias marinas.

Miró la nuca de la mujer que nadaba como un alegre delfín. Sonrió alegremente Lombardo y se dijo que la vida era hermosa, que la sangre era el triunfo del hombre sobre la vida, que el sexo era el sagrado talismán para conquistar nuestros mejores triunfos.

Y nadó pronto y ágil detrás de la estela abierta por Malva tratando de alcanzarla y morder su blanca nuca que oscilaba entre el vaivén de las olas.

Capítulo X

Gruesas nubes pintadas de negro anunciaban que pronto llovería sobre la ciudad. Por demás, el ambiente estaba pesado, ingrato, casi lúgubre, como si cien cadáveres desfilaran por el centro de las avenidas y aterrorizaran el ánimo de los transeúntes.

Nadie parecía querer sonreír. La consigna del llanto y la vigilia se retrataba en todos los rostros. Los que tenían fama de cordiales y simpáticos hacían feas muecas a sus amigos y conocidos, Pero sólo obtenían una pésima impresión de sepultureros que tratan de seducir careciendo de aparato de seducción.

El tráfico se había hecho menos estrepitoso. La mayoría de los ciudadanos c a m i n a b a n a pie. Hablaban con tranquilidad de sus vidas íntimas y de pronto arrugaban el ceño al darse cuenta de que estaba próxima la lluvia, quizás la nerviosa tormenta con sus rayos y relámpagos esqueléticos.

A través del cristal se divisaban las nubes y el tétrico color oscuro que las preñaba y hacía parecer impresionantes.

— Pronto lloverá. Habrá tormenta — dijo Lombardo con una voz musicalmente triste. (Entornó las bellas pupilas y miró hacia el cielo.)

Sentía frío. Había tenido noticia de la muerte de Zoilo después de haber regresado de la playa en compañía de Malva. Nunca se hubiera imaginado que aquel divino círculo de sensaciones — mezcla de mar y afilada sensualidad — íbase a cerrar con largas y penumbrosas horas de vacía meditación e incontenible amargura. Lágrimas habían vertido sus pupilas al enterarse de que aquel cadáver adolescente, aquel elegante cadáver que flotaba sobre las verdes olas de Bahía Grande, pertenecía a Zoilo, su amigo y camarada entrañable, alma soñadora y espíritu inquietante que se había deslizado por ese fascinante mundo de placer que asalta a la juventud en la edad dorada, para ir a desembocar en el pozo maldito, en el pozo con estrellas de agonía, donde encontrara como única solución para su drama el suicidio, la nada, la muerte con rostro tierno y bello, dejando sólo un turbio dolor en el pecho de Lombardo y un fluidificado hastío en el que agonizaba hacía días.

Mientras él recorría las agotadoras zonas de placer que el cuerpo de Malva le entregaba en esa noche delirante sobre la arena, el amigo entrañable, Zoilo, el soñador, escudriñaba e interrogaba sus débiles vísceras para saber si aún le quedaban fuerzas para vivir. ¿Había avanzado hacia el infinito, hacia el reino absoluto del océano, por sentir que ya sus fuerzas flaqueaban, o fue simplemente porque descubrió que la vida del hombre es un celaje de engaños, una mascarada de angustias y nada más?

¡Pero murió con la sangre corriendo a toda prisa por sus venas! ¡Sus muslos tenían la elegancia del ciervo, el ardor del novillo cuando muerde la yerba empapada de rocío: era un adolescente, un bello adolescente con una extraña capacidad para razonar y avanzar con el pecho desnudo hacia la tragedia!

La voz de Vivián le trajo a la realidad. La voz de Vivián que parecía estar enhebrando perlas en los dulces tonos de su voz dolidamente secreta.

— Lloverá, sí, el agua se derramará sobre las heridas del mundo. Es divertido. La lluvia lava los pecados del hombre, y entonces el hombre se apresta de nuevo a pecar para que la próxima lluvia no caiga inútilmente sobre la tierra. Es divertido. ¿Aún piensas en Zoilo? No deberías hacerlo querido Lombardo. Cuando se tiene un rostro tan suave y tan encantador como el tuyo es bueno olvidar las penas, soslayarlas, no cargar con los sufrimientos de los demás. Basta con que te fijes en esos hombres que por cada sufrimiento agregan una arruga más a su rostro o un rictus terrible a su boca. Olvida, húndete en el dulce aroma de la vida. Tienes una maravillosa juventud, una radiante apostura de hombre joven, ¿entonces, para qué agonizar, para qué padecer? Si agonizas, si sufres, si padeces, el mundo seguirá igual. Entiende esto: todos tus sacrificios y penitencias no serán suficientes para matar la enorme injusticia que existe en el planeta. El único resultado que obtendrás a tus agonías y desvelos, a tus firmes vigiliás, será el derrumbe

físico y moral de tu constitución humana. Y el mundo seguirá siendo mundo, y la humanidad continuará siendo humanidad, mientras que tú Lombardo, no seguirás siendo Lombardo, y tu bella juventud será enlodada y prostituida...

Cuando se extinguía la voz de Vivián, acercóse en punta de pie un mesonero que tenía cuerpo atlético y elegante para inquirir qué deseaban los señores. Pidieron refrescos, un poco de fresas, unas aceitunas, un poco de uvas. Vivián encendió un cigarrillo y miró interrogativamente a Lombardo, como preguntándole si estaba de acuerdo con todo lo que había dicho.

Una pareja entraba a la fuente de soda con ese titubeo de la gente poco acostumbrada a visitar sitios lujosos y que necesitan orientarse y adoptar hieráticas composturas para no incurrir en yerros de lamentables y ridículas consecuencias. La mujer que acompañaba al hombre era bella: tenía unos claros ojos verdes.

Afuera el cielo había adoptado un tinte uniformemente cobrizo. Las nubes se habían fluidificado en una extensa bruma que cubría todo el firmamento como un arco iris de humo negro y penetrante.

—Pronto lloverá repitió en voz baja y profunda Lombardo—; hoy todo está oscuro, ayer era el día claro, hermoso, deslumbrante. Yo amaba la vida,

hacia la apología de la sangre sobre los muslos fuertes y brillantes de Malva. Amaba el mar, el mar me aprisionaba entre sus densas ondas con las mismas férreas caricias con que me aprisionara la hembra la noche anterior. Ayer había luz: hoy existe oscuridad. No es la muerte de Zoilo en si, pese a que le apreciaba y le quería, lo que me anonada y destruye, sino esta simple y dramática esterilidad de vivir. ¿No te agobian a ti los mismos pensamientos, Vivían?

El interrogado llevó el cigarrillo a sus labios y lanzó al aire una firme y extraña voluta de humo que flotó un instante en la atmósfera de la fuente de soda. Replicó luego:

— No me anonada en absoluto. Yo les dejo todas esas estúpidas preocupaciones a los que son feos y brutos, a los que carecen de personalidad y no tienen suficientes cualidades para marchar al encuentro del goce y del placer. Convéncete de una cosa, de una sola cosa querido Lombardo: es necesario que vivas tu poderosa intimidad. No te importe nada este mundo absurdo que te rodea. Ni tampoco esta estúpida sociedad. Desprecia todos los goces que te ofrezcan en forma de vanidad y halagos multitudinarios. Acepta únicamente el goce de la carne, los vicios lánguidos y desfallecientes que no están al alcance de todos los cuerpos. Extrae la última gota de tus sensaciones y verás cómo pronto estarás por encima de todo el mundo, volando hacia una deliciosa estratosfera...

— Puede que tengas razón Vivián, pero es tan amarga, hay tantos sufrimientos en la vida...

— ¡Oh! no te importe Lombardo. La vida consiste en nacer, gozar y morir... Se sufre por estupidez.

— Ojalá fuera así. Pero hay penas tan hondas, tan graves y lacerantes, como heridas de rocío...

— Lirismo, lirismo baboso. Cuando se tiene belleza y talento, amén de juventud, la vida debe ser algo así como un exquisito vino seco en un gabinete a media luz...

Guardaron silencio por un rato. Vivián comenzó a examinar la gente que ocupaba mesas en la fuente de soda. Era este un establecimiento elegante donde se reunía lo mejor de la sociedad metropolitana. Por ello la pareja anterior había titubeado un rato al pisar la puerta, y titubeó más adelante al buscar un sitio discreto... Era seguro, sin embargo, que no titubearían en absoluto para contarle luego a sus amistades lo elegante y refinado que había sido el momento que pasaran en compañía de Paquito Fontán, atildado millonario que usaba el monóculo con más táctil habilidad que sus millones, casi todos perdidos en pos de rubias oxigenadas.

Esa tarde también estaba sentado hacia un extremo, contemplando el cielo oscuro a través del cristal, el distinguido Canciller. Llevaba una orquídea en el

ojal y fumaba en una rica boquilla unos ricos cigarrillos de fabricación especial. Era un gentleman, un hombre distinguido, en toda la acepción de la palabra. Se jactaba de poseer un diván donde reposara el cuerpo de Isadora Duncan durante su estancia en París. Ahora servía para sofocar los ímpetus otoñales del señor Canciller. Parecía que esperaba a alguien. Escogía para sus citas lugares abiertos al público, descubiertos, sin intimidades de claroscuro. Opinaba que lo que hacía más elegante a un hombre y singularmente atractivo, no eran sus pecados ocultos, sino sus pecados al descubierto. Pecados ocultos, explicaba, los tiene cualquiera, hasta un empleadillo de doscientos cincuenta bolívares al mes, pecados al aire libre, los tenemos pocos, los que sabemos llevarlos con elegancia.

Terminó Vivián de revisar la fuente de soda y volvióse abstraído a comer unas uvas. No había nadie más interesan te, salvo un señor que miraba como Drácula pero que producía la graciosa impresión del Pato Donald disfrazado a lo Boris Karloff.

Lombardo alzó el brazo izquierdo y miró la hora en su reloj. Se daba cuenta de que no le importaba para nada la hora, ni el tiempo que había transcurrido desde que llegaran al lujoso establecimiento, pero tenía que hacer un gesto, un simple gesto, mecánico y alambicado, para disimular un poco la inquietud, el vago temblor que le atacaba al sentirse tan

solitario, tan ensimismado en medio de un universo caótico y turbulento.

Cierto es que había formas de vida, actitudes de vida, pero su actitud, su vida misma, necesitaba de un vigor, de un aliciente, de un instinto dramático, para marchar por la gran ruta que la juventud abría ante sus ojos. Eso, cierta mente: un instinto dramático. Creía que nunca lo descubriría, pero era eso: un instinto dramático, necesidad de marcar los jalones de su marcha, el avance de su existencia, con jornadas trágicas y trágicos sucesos impregnados de sollozos y angustias.

El placer sólo existía para Lombardo después de haberlo mojado en lágrimas. Las lágrimas sólo eran lágrimas para Lombardo cuando surgían después del placer, después de estar ahíto de goce.

Su vida, en suma, debería ser y consistir en un atildado caleidoscopio de sensaciones. Nada más. Lo demás nada importaba. Ni la familia, ni la humanidad ni esta tierra americana en que le tocaba vivir con una vaga ansiedad en el pecho y un lúgubre vacío en el corazón. Su sangrante corazón, todavía tierno e infantil, que a veces le traicionaba y le hacía sentir, no lo sabía a ciencia cierta, perfectamente débil o débilmente poderoso.

Vivián comía ahora algunas de las aceitunas. Las mor día con especial deleite y las masticaba lentamente, con oscilantes movimientos de los

labios, dejando ver los dientes, blancos, bien formados, brillantes.

Lombardo extendió la mano y agarró unas fresas, las olió, pero luego las dejó caer de nuevo en la bandeja. El mozo se le acercó con su atildado porte atlético como para recibir sus impresiones acerca del buen o mal estado de la fresa. Lombardo experimentó una sensación de ofusca miento. Le dolió íntimamente que este joven tuviera que ser tan servicial con él y con Vivián para poder ganar algún dinero.

— No se preocupe — dijo—, es que prefiero las uvas. Están más tiernas, lucen más poéticas — y sonrió de una manera encantadora.

Con una mueca un poco sardónica, Vivián miraba todo lo que ocurría en la fuente de soda.

— No has debido ser tan gentil con el mozo — dijo, con su tono de lejanía—, a lo mejor el Canciller te mirará de ahora en adelante con malos ojos, pues ya se ha dado cuenta de los firmes bíceps del muchacho y de la adorable forma atlética con que se mueve entre las mesas.

— ¡Qué ridiculez! No me explico qué placer podrá ese señor encontrar exponiendo ante los ojos de la humanidad los sucios vicios que cultiva. Si todavía fueran vicios ele gantes. Pero uno tan indecente, con

tanta bajeza fisiológica, como la pederastia material... ¡Es realmente estúpido!

— ¿Prefieres acaso, como buen esteta, la pederastia de la inteligencia? Quizás tengas un poco de razón, pero todo es cuestión de tiempo y edades. Al momento, el uso y cultivo de una misma sensación es encantadora, realmente fascinante, pero a la larga querido Lombardo, como todo en la vida, cansa a los buenos catadores del placer eso de estarse acostando encima de una mujer que tiene vientre, caderas, muslos, senos y nalgas. Hay que variar, hay que recorrer todas las gamas de las sensaciones... Puede que más tarde... con el tiempo...

— Eres tonto, Vivián, amo tanto como tú el placer, pero lo amo en su elemental pureza. Creo que la pureza lo es todo en la vida. La adolescencia es la edad más maravillosa del hombre porque es la única edad en que nuestro destino está regido por la pureza. Luego vienen las mixtificaciones, los vicios torpes, la anulación de todo lo bello y lo hermoso que el hombre posee como legado de la naturaleza. Y después de todo, nunca cambiaría yo un placer malsano, un goce de mal gusto, por tener un alma siempre limpia y recta, una moral a toda prueba para refugiarme en mis instantes conflictivos. Todo hombre está destinado a sufrir, tarde o temprano, sin haber dado motivos o con motivos para ello. Por eso quizás me veas un poco inelegante en mis conceptos, quizás timorato, pero no cambiaré nunca

el goce rectilíneo por ese goce que obtenemos a cambio de lo más entrañable y puro de nuestra vertical humanidad...

— Eres un místico.

—Puede ser...

— Un místico con ideas crapulosas.

— Puede que lo sea...

— Un cerebralista.

— Me jacto de ello.

— Le temes a la vida.

— Es verdad...

— No eres capaz de entregarte a nada y a nadie.

— También es verdad...

— Vas a ciegas por el mundo.

— Sí, todo para mí es misterioso e incomprensible...

— Dudas. Dudas a cada rato, a cada minuto.

— Es cierto...

— Tienes una mentalidad femenina...

— Quizás tengas tú razón...

Y alzando la voz, como atacado por una inspiración divina, le espetó Vivián estas palabras:

— ¡Nunca llegarás al pleno ejercicio de la vida!

Lombardo entornó un rato las pupilas. Se pasó una mano por las cejas. Comió unas uvas grandes y opulentas que había traído el mozo atendiendo a una nueva indicación. Después repuso modulando con delicadeza las palabras:

— Tienes razón en todo. Demasiada razón. Pero tu razón te pertenece a ti, y a nadie más. Es incapaz de llegar a mí y herirme o hacerme cambiar de actitud. Así como el asesino defiende su legítimo derecho al crimen, así también tú defiendes tu legítimo derecho a la obtención del placer que se mueve entre el lodo y la ignominia... Te has formado en una esfera, en un ambiente, en un mundo, en una sociedad que te impide respirar un oxígeno distinto. Y aquí está mi ventaja, aquí reside mi inexorable superioridad. Yo puedo respirar tu oxígeno, yo puedo andar a tu lado, estar de observador a tu lado, pero también tengo mi atmósfera especial —ésta a la que tú ni ningún otro de los alegres desahuciados

tendrá acceso— y en ella viviré, y en ella moriré, y puede que algún día conquiste el bienestar, la seguridad, el reposo, la dulce calma para reconstruir mis sueños y edificar mis ideales...

— ¿Rosamunda sí respira tu atmósfera, no es cierto Lombardo? ¿Mantiene aún ella su pureza?

— Me hablas con ironía. Lo sé, pero Rosamunda está más allá de esa atormentada agonía de ustedes, así como lo estuvo Zoilo, que se internó en el océano, de frente ante las olas, para no proseguir esa estúpida hazaña que tú y Abigaíl y Sandro, y todos. Malva, el Canciller, el poeta N° 35, tratan de llevar a cabo...

— ¡Oh, no hablemos del suicidio! Lo considero anti poético. Un poco cursi. Hoy hasta lios obreros y cocineras se suicidan. Mejor es permanecer en este planeta con un epigrama en los labios...

— ...y una gran angustia en el corazón...

— Cierto, Lombardo, cierto. Tú lo has dicho: una gran angustia en el corazón. Pero el epigrama no deja de ser delicioso y encantador...

A través de los cristales se veía la lluvia que ya había comenzado a caer. Pronto el agua sucia correría por las calles. En vertiginosa caída. Arrastrando los desperdicios de la ciudad, los guñapos que el gran

monstruo diariamente devora. Agua sucia corriendo por las calles. Cielo oscuro que se derrama con un peso de siglos sobre el cuerpo veja do del universo. Hombres de secas pupilas que miran el cielo inexorable, el agua inexorable, el lento y fatídico gotear de la lluvia sobre las sucias calles de la ciudad.

Lombardo miró hacia la calle. Suspiró como si estuviera fatigado. Veía caer la lluvia. Vivián a su lado fumaba en silencio. A ratos movía los dedos y jugaba con la hermosa sortija que le cubría el dedo. Agua sucia. Agua sucia sobre la ciudad, pensó Lombardo. Algún barco iluminado llegará sobre sus lomos hasta la dulce fraternidad del mar. Seguía lloviendo. Cielo oscuro inexorable.

Capítulo XI

Yo no puedo dejar que estas vidas se me escapen de las manos, Estas vidas que estuvieron tan ligadas a mí durante horas y horas de intenso delirio y alucinada angustia. Porque para mi visión de ahora, de este agrio y difícil instante de mi vida, el arte no es más que una desnuda pasión y un morbo so afán por conquistar la serenidad que nunca llega.

Cierto es que soy el novelista. Lo natural sería que me mantuviera al margen de toda intervención, frío y sofisticado, manejando a mis personajes con la invariable y helada habilidad del caricaturista cuando disfraza y hace actuar a sus muñecos. Pero yo no puedo dejar que estas vidas se me escapen de las manos sin antes decir que con ellas he padecido, que he probado sus mismas angustias, que quizás lo más entrañable de mi sentimiento y de mi pasión de hombre y de artista se hayan quedado en estas páginas atormentadas; preñadas de inquietud, laceradas de agonía.

Puede que yo algún día haya traicionado esta pasión, esta fe con que hoy deliro al borde de la creación (puesto que humano soy y ligado a la humana condición estoy), pero juraría entonces, de llegar ello a suceder, que ya mi corazón no existe, que todo ha sido una artimaña, una banal triquiñuela: porque mi corazón se ha ido desgarrando poco a poco en estas páginas. Todas desesperadas, todas desmelenadas, todas con el

nervio al desnudo, vibrando, latiendo, reviviendo, muriendo, en cada palpitar del artista y en cada aliento inexorable que el universo deja escapar.

Estamos simados sobre un iluminado peñasco contemplando cómo la humanidad se desgarrar. Sentimos que el dolor recorre las torturadas entrañas del planeta y que el hombre sólo lamentos y nada más que lamentos debería proferir a través de su voz. Se alzan las voces, no obstante, y la vida parece bella, y el existir luce hermoso y encantador. En el fondo, sin embargo, allá en la cósmica raíz de la agonía, cuántos no padecen, cuántos no derraman plomizas lágrimas de sufrimiento y tuercen sus dedos y agarrotan sus manos asediados por la negra sombra de la desesperación.

El hombre ríe, muestra sus dientes postizos o naturales, esponja el pecho, y se dice sano y feliz. ¡Mentira, no le creáis! Todo en él es falsedad, todo en él es vana arrogancia, estúpida vanidad. El hombre está lacerado, enfermo, morbosamente agoniza en el hospital de los alucinados. Nosotros escuchamos los lamentos del hombre.

Nosotros hemos sentido a viva carne lacerada las angustias del hombre. Nos hemos acercado a él, hemos tomado sus manos, hemos escudriñado en el fondo de sus afiebradas pupilas y hemos concluido por exclamar: ¡dolor, solidaridad en el dolor!

Si el hombre sufre debe demostrar que el sufrimiento es bello y noble, humano y lógico. Pero no debe, por ningún motivo, disfrazar su angustia, esconder su dolor, sofisticar sus sentimientos, pretender que lo convencional, que lo artificioso, es lo único que salvará al hombre y marcará la pauta de su vida.

El artista tiene las venas rotas. El artista se desangra al compás del tiempo. Pero aún puede acercarse al hombre, tomar su cruz, ayudarle, y repartirse algunas de las espinas que agobian su frente.

El artista está hecho para el dolor: el dolor ha sido idea do por El Máximo ídolo para poner a prueba al artista, a los espíritus sensibles.

Marcharemos siempre hacia la luz con la frente noble y sin arrugas, con el gesto reposado y suave, con el pecho erguido y victorioso. Sabedores de que somos los sacrificados, poseídos de nuestro propio dolor y del dolor ajeno, pero sin un rictus de más ni uno de menos — el dolor tiene conciencia apolínea— y sufriremos nuestro destino con la misma fe, con la misma espantosa seguridad con que hemos vivido y soportado ser los sacrificados, los desahuciados, los que marchamos por la vida predestinados a la laceración y no al goce momentáneo, al sufrimiento y no a la vulgar sensación de un instante que se volatiliza sobre la blanca gasa del tiempo.

Nuestra conquista es más grande, nuestra misión más poderosa: marchamos hacia la eternidad. Puede que la eternidad nos espere.

Yo no podía dejar que estas vidas se me escaparan de las manos sin antes darles un poco más de mi propio y humano calor. Ahora se han marchado. Es de noche. Apenas las dos de la mañana.

Sobre la noche se escuchan los ruidos fascinantes de los seres que duermen sus banales sueños. Yo no sueño. Yo estoy en la vigilia, que es el más hermoso de los sueños. Este es mi testimonio, mi desgarrado y entrañable testimonio de adolescencia. Sobre él me afirmo, en él creo, sé que él algo habrá de engendrar.

Caracas, 26 de febrero de 1947